Tomo XV

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 8

San José, Costa Rica 1927 Sábado 27 de Agosto

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Un americano en Berlín

(Recuerdos de viaje)

=De *La Prensa*. Buenos Aires.=

Podríamos decir, para pintar su diferencia esencial, que el viajero es abeja y el turista zángano del cosmopolitismo. Aquél lo elabora, éste lo disfruta.

Uno de los más activos obreros del espíritu humanista, de la comprensión y amistad de las naciones, ha sido, sin duda, el viajero. Baste recordar a Herodoto, que reveló al Egipto; a Marco Polo, que reveló el Extremo Oriente.

Recogí un testimonio inolvidable de esta función del viajero, un día del verano pasado en Berlín.

Aislado por el desconocimiento de la lengua, desconcertado por la arquitectura y los gustos de la ciudad, encontraba refugio en lo que había dejado el espíritu latinizante de Federico el Grande — su palacio de Sans Souci, su biblioteca francesa, los recuerdos de Voltaire, cuyas burlas gustaba imitar el imperial discípulo — o en el Museo del emperador Federico, junto al puente de Monbijou, donde una espléndida colección de pintores italianos evocaba el arte admirado y familiar del beato Angélico, Botticelli o Andrea del Sarto. Hasta que una tarde, entristecido por la lluvia y el extrañamiento, al pasar frente a los jardines de la Universidad todavía silenciosa por las vacaciones, la figura de Alejandro de Humboldt, sentado en sus jardines, junto a su hermano Guillermo, me alegró como la presencia de un viejo conocido.

Me había encontrado, sin duda, con un "americano". ¿Quién lo había sido más cabalmente que él?.



El barón de Humboldt

Había recorrido América casi desde un extremo al otro, penetrado su pasado, investigado su naturaleza, contemplado sus aspectos, descubierto sus tesoros. Sus *Cuadros de la Naturaleza*, sus *Sitios de la Cordillera* son monumentos de sabiduría y de belleza. En *Cosmos*, su pluma vuelve a cada momento al espectáculo de América, como a un tenaz *leit-motiv*. Es todavía uno de los más grandes historiadores de América desde su *Descubrimiento* hasta su *Historia de Nueva España*. Nadie como él ha desentrañado el alma de América, perseguida en el misterio del medio físico y de la raza.

Pensé entonces en el aristócrata, en el castellano de Tegel, arrancado a los atractivos de una posición brillante y a las más placenteras tentaciones, por el amor de la ciencia y de la naturaleza, y peregrinando durante cinco años por tierras desiertas o habitadas por las sociedades todavía primitivas e inhospitalarias de la América española. Y lejos de conservar de ellas el recuerdo de una aventura que se gusta evocar pero no se desearía repetir; desdeñando la seducción de una corte empeñada en mantenerlo a su lado para decorarse con su prestigio como un magnífico atavío, soñaba con volver a los bosques de América y vivir bajo los trópicos. El desierto estaba, para él —como lo dijo alguna vez— en Berlín y no en los llanos de Venezuela o en las altiplanicies de la Cordillera.

Pero no era para mí Humboldt, en aquel día plomizo de Berlin, simplemente un americano. A la luz del recuerdo de sus maravillosas pinturas de la naturaleza americana no revivía una América ideal. Era otra: la América que él había descrito y amado, la América de los trópicos. La América de la que que era una porción la montaña donde yo había nacido, el terruño tucumano, con sus bosques profundos, su lujuriosa faramalla de epifitas, las quebradas rumorosas y húmedas, los torrentes magníficos, las lluvias diluvianas que los crean, las puestas fastuosas de sol, el vivero de estrellas de su cielo.

Recordaba aquella página de *Cosmos* donde muestra la característica de la zona tropical.

Es la parte del planeta, decía Humbold, donde en una extensión menor puede el hom-

bre contemplar todas las riquezas de forma y toda la variedad de los fenómenos de la naturaleza; donde los climas, como las zonas vegetales, se encuentran superpuestos a manera de pisos.

Qué bien había pintado la tierra tucumana, que tiene nieves eternas, cumbres desnudas de clima polar, recuestos de clima tropical donde crece el banano, llanuras desiertas solamente pobladas por alófitas y serafitas, cactus y jumes.

Y la magia del recuerdo poblaba de cuadros vivientes el espíritu del pasajero.

Una ráfaga de la tierra natal pasaba temblando por su frente.

Bajo su magnética sugestión realizamos mi esposa y yo una ceremonia simplísima y cordial. Pocas he celebrado con más sincera devoción.

Tuvimos la sensación de que embellecíamos nuestras vidas cuando al día siguiente, sin testigos, en una ciudad desconocida, colocamos a los pies de la estatua de Humboldt, en los jardines de la Universidad, una corona de dalias cactus y de ramas de abeto. El sol en la hora crepuscular, al ocultarse en el poniente, nos pareció un pasajero que se ausentaba rumbo a la tierra querida y lejana, a quien confiáramos un mensaje embebido de añoranzas.

Aquella tarde escribí al rector de la Universidad: «Si al salir usted mañana de la Universidad, encuentra al pie de la estatua de Alejandro de Humboldt una corona de flores, deseo que sepa que un oscuro profesor argentino ha puesto en ella el testimonio de la gratitud que siente hacia el hombre de ciencia, extranjero, que sirvió más abnegadamente la cultura de América, porque ha catalogado su riqueza natural, revelado su geografía, inquirido profundamente su pasado y su espíritu, y descripto su suelo en páginas de belleza insuperada".

Era raro caso, en verdad, este en que se aliaran el sabio, el humanista y el artista. Algunas de sus páginas descriptivas alcanzan, por la transparencia de su estilo y la serenidad de la idea, esa cumbre que se llama sublimidad.

***

Fué Humboldt modelo del viajero creador de humanismo, de universalidad, he dicho.

No solamente consagró a América su investigación científica, sino también a la Europa oriental y al Asia central. Había ya recorrido, animado siempre de afán inquisitivo, Holanda e Inglaterra. Visitó apasionadamente Italia, como su amigo Goethe. Fué allí donde hizo conocimiento con Bolívar, con quien ascendió al Vesubio.

Vivió dieciocho años en París. Recibió lecciones de Vauquelin, gozó de la amistad de Gay Lussac, Arago, Jussieu, Laplace. Fué allí donde conoció a aquel joven Aimé Bonpland, con quien se asociara en sus peregrinaciones americanas y para quien pidiera la pensión que Napoleón le acordó (1).

Este prusiano que conoció la amargura de "los días de Jena" colocaba por sobre la vanidad nacionalista el interés supremo de la ciencia y de la humanidad.

Tal posición debió atraerle sospechas y hostilidad. Fué tenido por francófilo. Era "el gato enciclopédico", como le llamó la mediocridad burlona de los feudales de su país.

Ansioso por dar o recibir una sugestión que contribuyera a ensanchar el dominio de la ciencia o el conocimiento de la naturaleza, no esquivó ningun contacto con estudiosos, cualquiera que fuese su nacionalidad.

Pocos, pues, pueden ser llamados con tan claro titulo, como él, "ciudadano del mundo". El magnífico dictado que generalizó el Renacimiento sólo pudo tener realización cabal con Humboldt, que conoció y describió continentes que el Renacimiento ignoró.

Es oportuno exaltar el recuerdo de esta figura ahora que comienza a declinar el culto del Moloch «chauvinista» que la Gran Guerra había restaurado.

Si Francia y Alemania quieren realizar la unión espiritual de sus pueblos, el «desarme moral» sin el cual el otro sería un entretenimiento palaciego, y escribir con ella el episodio más memorable de nuestro tiempo, he ahí un motivo propio para estimularla: honrar la memoria de Humboldt, como un precursor de esa unión, germano de pura cepa que amó a Francia porque amaba, por encima de ella, los ideales universales de su espíritu.

Y a la orilla del Sena, en el corazón de Lutecia, junto al *quai* donde se hallaba aquel cuarto piso, con vista sobre el río, donde alumbró su lámpara de sabio apasionado y sus tertulias con todos los hombres de ciencia de Francia, una estatua de Humboldt sería un símbolo de esta aspiración de armonía entre los dos «grandes pueblos», de que hablaba Briand en la oración magnífica con que presentaba al Senado francés el tratado de Locarno, y cuya realización marcaría una hora inolvidable para la paz y la cultura del mundo.

JUAN B. TERÁN

(1) El Instituto de Botánica de la Facultad de Medicina de Buenos Aires ha publicado bajo la dirección del doctor J. A. Dominguez, la correspondencia inédita de Humboldt con Bonpland.

Compañerismo intelectual

La estricta censura impuesta a la prensa independiente y a las empresas cablegráficas del Perú, por el gobierno del presidente Leguía, no permitió el conocimiento en Cuba de las represiones reiniciadas en aquel país contra los intelectuales de vanguardia agrupados en torno de la revista *Amauta*, que dirige el joven y notabilísimo escritor José Carlos Mariátegui. Diez días después de producidos los actos en que se concretó esa represión, un cable procedente del Ecuador dio cuenta suscintamente del desarrollo de los sucesos que después fueron confirmadas totalmente con la presencia en Cuba de los jóvenes y valiosos poetas peruanos Magda Portal y Serafín Delmar expulsados de Lima.

Los *minoristas* y otros profesionales e intelectuales cubanos al tener noticia de esos hechos, y, atentos como hemos estado siempre a todas las actividades del pensamiento latinoamericano e interesados, como era nuestro deber de compañerismo y amistad intelectual, por la suerte de los escritores peruanos, ahora en desgracia y encausados o presos, dirigimos un cablegrama al Presidente del Perú intercediendo por la libertad de los escritores, artistas y estudiantes detenidos, en general, y en especial de aquellos cuyos nombres conocíamos: José Carlos Mariátegui, Blanca Luz Parra del Riego, Serafín Delmar, Magda Portal y Alfredo Miró Quesada, cablegrama que nos hizo el honor de encabezar con su firma ilustre el glorioso maestro de la joven intelectualidad cubana y una de las figuras contemporáneas del pensamiento americano, Enrique José Varona.

Decía así el referido cable:

«Presidente Leguía,
Lima, Perú.
Junio 25.
Intelectuales, artistas cubanos, identificados ideológicamente joven intelectualidad peruana, solicítanle ordene libertad José Carlos Mariátegui, Magda Portal, Blanca Luz Parra del Riego, Serafín Delmar y demás escritores artistas, estudiantes presos.»

A este mensaje contestó el Presidente Leguía, con el siguiente cable que firma Denegri, su secretario particular.

«Lima, 19 7, 8 p.
Enrique José Varona, Roig, Habana.
El Sr. Mariátegui no está preso. Su cablegrama nos extraña.
Denegri, Secretario del Presidente.»

Como se ve, la respuesta del Presidente Leguía negaba rotundamente la veracidad del encarcelamiento de Mariátegui pretendiendo aminorar la ansiedad que esa noticia producía en la intelectualidad cubana y evitar su repercusión forzosa en el resto del Continente. Posteriormente nos hemos enterado de que Mariátegui recobró la libertad, después de varios días de guardar prisión, por el temor que produjo en el ánimo de Leguía su resolución de declararse en huelga de alimentos y la seria alteración sufrida en su quebrantada salud. Conviene señalar que José Carlos Mariátegui ha perdido sus dos piernas a consecuencia de una larga enfermedad.

Los demás intelectuales detenidos los creemos confinados aún en la trágica prisión política de la Isla de San Lorenzo. La deportación inmediata de los esposos poetas Portal y Delmar, fue impuesta por la opinión unánime del pueblo, justamente indignado, por haber sido detenidos éstos con una pequeña niña de cuatro años, Gloria.

A consecuencia de denuncia hecha a nuestro Gobierno, por el Ministro del Perú en Cuba, se ha iniciado entre nosotros una causa criminal en averiguación de un supuesto complot comunista en esta República, con ramificaciones en el Perú y otros países hermanos de América, y que ha dado lugar a que sean procesados y presos numerosos individuos en la Habana y otras poblaciones de la Isla, y, entre ellos, el poeta peruano Delmar, que acababa de llegar a Cuba, y los escritores cubanos, compañeros, amigos y colaboradores de *Social*, Rubén Martínez Villanea, Alejo Carpentier y José Antonio Fernández de Castro, así como el señor Martí Casanova, uno de los directores de ***1927***.

Nombrado un juez especial en esa causa, sujeta está a los trámites de un proceso ordinario y habiéndose guardado con los compañeros detenidos toda clase de consideraciones, sin que se estén usando otros procedimientos que los normales establecidos por la ley, y detenidos como están, no en prisiones políticas o militares, sino en el establecimiento adecuado, no tenemos, en este sentido, que levantar nuestra protesta por arbitrariedades judiciales cometidas con los escritores cubanos, como sí lo han sido en el Perú.

Si nuestro Gobierno y tribunales se revisten con amplia ecuanimidad y recta justicia, como es de esperar, confiamos que, en breve plazo, quede esclarecida la inocencia absoluta de los intelectuales, compañeros nuestros sometidos al proceso, recobrando rápidamente la libertad, libertad que también deseamos alcancen los escritores peruanos que guardan prisión en su patria, y por los cuales nos hemos interesado, al igual que lo hicimos ayer con el ilustre penalista español Jiménez de Asúa, sin que nuestro interés con ellos signifique intromisión en los problemas políticos de otros países, sino la natural y justa identificación espiritual e ideológica con los que, como nosotros, vienen laborando por las letras, las artes y las ciencias y, también por el Derecho, la Democracia, la Libertad y la Justicia.

(*Social*. Habana).

Repertorio Americano

Compro y vendo números sueltos y atrasados.

Completo colecciones y las empasto. Precios módicos.

Pida más informes en *La Prensa*, o por el apartado 409, en esta ciudad de San José.

Miguel Olivares

Apología de la "patada histórica"

Desde la época de su emancipación, toda la política de los pueblos latinoamericanos gira en torno de «la patada histórica», pintoresca locución popular con que se expresa la indocilidad del mandatario actual a someterse a la influencia del anterior, a quien, en parte principalísima, debe el puesto que ocupa, ya sea la presidencia de la República, ya la gobernación de una de las provincias.

La rebelión del protegido, una vez en el poder, torna al protector en furibundo adversario, movido su ánimo por la irritación que produce siempre la ingratitud.

En realidad, «la patada histórica» no sólo se produce en la política americana, sino también en la europea y en la china. Es universal. Las llamadas disidencias de los partidos, aunque se disfracen con etiquetas ideológicas, no son, en el fondo, más que «patadas históricas», luchas de desplazamiento, asaltos a las posiciones ocupadas. El fenómeno se viste en Europa con otras palabras y locuciones menos descarnadas, con eufemismos y requilorios retóricos. El lenguaje americano es más crudo, más natural, sintético y fuerte. Ello se debe sin duda a la vida pastoril y al espectáculo de una naturaleza bravía que sugiere enérgicos y directos modos de expresión, exentos de ociosas veladuras. Sea, en fin, como fuere, «la patada histórica» como locución política, está llena de significado, encerrándose en ella todo el proceso de las luchas por el florecimiento personal en la vida pública.

¿Es justo que aquel que obtuvo el poder merced a su influencia y apoyo de otro, se le revuelva una vez en la cumbre, le suelte, en fin, «la patada histórica»? Obsérvese que la pregunta plantea una gran retahila de problemas. En primer lugar, la influencia política no es una propiedad permanente, como una casa o una estancia, que se puede vender o regalar, donarla o transmitirla bajo ciertas condiciones. Pertenece, no al que la obtiene en un momento dado, sino a los que la otorgan, que pueden en todo instante restringirla, reducir su volumen y aun quitársela del todo para adjudicársela a un nuevo aspirante. Es una propiedad en perpetuo estado de conquista. La voluntad pública, como el amor, se entrega a quien más le place. Y es perfectamente ridículo que quien tuvo influencia y la perdió, o la ve aminorada en su extensión e intensidad, quierá preponderar en el mismo grado avasallador de aquellos días de dominación omnímoda. Los políticos, como los actores de teatro—la vida pública es, en el fondo, una gran representación teatral,—no se resignan a ocupar el puesto correspondiente a la adhesión del público, siempre fluctuante. Aunque el auditorio los rechace y los silbe, han de empeñarse en representar el primer papel de la comedia. Ni el político ni el actor se creen nunca en decadencia. Quieren morir en la escena.

El presidente o gobernador saliente, al prestar su influencia al entrante, es con la reserva mental de que éste se convierta en un monigote suyo. Le cree eternamente obligado al apoyo recibido. Su ideal es seguir mandando, detrás de la cortina, sin las responsabilidades del cargo. El nuevo mandatario no debe dar un paso ni tener una iniciativa, sobre todo de carácter político, sin la aquiescencia y aprobación del anterior. En cuanto a nombramientos, origen principal de todos los ciscos, el protegido debe reservarlos todos para los amigos del protector. Si procede de otro modo, prefiriendo a los suyos propios, es un desleal, es un traidor a los ideales del partido. Y se recurrirá a mil sofisticaciones y soflamas, con apariencia doctrinaria, para cubrir decorosamente el disgusto de la codicia frustrada. Desde aquel instante, el ex-presidente se dedica a desacreditar al presidente por medio de una propaganda desaforada en sus diarios, asambleas y comités. El país corre gran riesgo dirigido por un magistrado tan torpe. El protector no tiene en cuenta que fué él quien le puso en la presidencia o en la gobernación y, por lo tanto, la responsabilidad de la torpeza, si la hubiere, le alcanza más que a nadie. Pero ya se ha dicho que la política y la locura tienen la misma fisonomía. La lógica está sustituida por los instintos en pugna, por un desatado torbellino de ambiciones y vanidades.

Según Tácito, el mejor instrumento para dominar en política es tener buenos amigos. Nada más exacto. Y el camino más directo y eficaz para lograr su adhesión es compartir con ellos los halagos y las sensualidades del poder; procurar a unos pingües puestos en la administración y ofrecer a otros oportunidades de florecimiento en la vida pública. Con este método sencillo, el trasiego de partidarios se produce al instante. Los que antes seguían al que mandaba se colocan al lado del que ahora manda. Si no se pasan todos, no es por escrúpulos doctrinarios, sino porque falta suficiente número de puestos, pues el

nuevo mandatario ha de reservar los mejores para aquellos que le siguieron en el llano y le ayudaron a subir.

He ahí, en pocas palabras, el origen del enconado rompimiento que en todos los países de América, se produce entre el ex-presidente y el presidente, entre el protector y el protegido. De la verdadera causa de la disidencia no se habla nunca con claridad. Unos y otros adictos al «ex» y al «es» invocan el decálogo del partido, la pureza de sus principios, sosteniendo cada grupo ser el verdadero depositario del dogma. Las palabras van por un lado, mientras los hechos corren ocultos por otro. Ya la profunda filosofía de Martín Fierro, al extender los hábitos del tero a las normas capciosas de la conducta humana, nos explica la finalidad de todo linaje de disimulos:

En un lao pega los gritos
y en otro tiene los güevos.

El calor y la vehemencia que se pone en los gritos teóricos revelan que no son puntos doctrinarios el origen de la disputa.

* * *

El quebrantamiento de la influencia permanente por medio de «la patada histórica» es uno de los medios de renovar el ambiente político de un país, ensayando nuevos hombres en la dirección de los negocios públicos. Ninguna evolución sería posible sin estos cambios de preponderancias en el seno de los partidos y en la esfera gobernante. Una influencia continua, vitalicia, es contraria al proceso progresivo de una democracia. Equivale al régimen monárquico en su aspecto más insoportable, o sea el absolutismo. Junto a ciertos presidentes de la América Central, Felipe II puede pasar por un republicano. La prolongada influencia de estos régulos de estados semidesiertos, su perenne presión política, su despotismo con frecuencia protervo constituyen el origen del atraso moral y material de aquellos pueblos, anquilosados, paralíticos en plena juventud. Todos los caminos se cierran al ensayo de las energías latentes, que sólo la libertadora «patada histórica» podría poner en fecunda actividad, desplazando de las cumbres del poder el influjo avasallador y nocivo de un caciquismo perpetuo.

Por eso las naciones más progresivas de América son aquellas donde es ya tradicional este género de desplazamientos por medio del acto democrático, útil, conveniente y plausible que implica «la patada histórica»...

Francisco Grandmontagne

(Caras y Caretas. Buenos Aires.)

Mi Mensaje a la Juventud

3.—*Véanse las entregas 1 y 2 del tomo en curso.*

Nuestros vicios raciales

Las diversas regiones de nuestra América española llevan en su constitución taras atávicas y lacerias de adquisición, que es de interés puntualizar, sin ánimos de recriminación, con paternal objetivo, empeñoso en curar, y aplicado a obtener una promesa para lo porvenir en una actual renovación de la sangre.

En la fisonomía moral de nuestros pueblos, se hallan no pocos rasgos infantiles. Inconsciencia de todo ideal abstracto, impulsivismo pasional, que lo mismo admira que odia desorbitadamente; egoísmo veleidoso; apego a la tribuna de la frase, más que a la cátedra de las ideas; y una incapacidad de acción e iniciativa, que se desquita en criticar, de aquello que le falta en construir. Al lado de esas berrugas de niño, muestra ciertos rasgos seniles. Ejemplo, su propensión a las argucias, a estampillar con etiquetas virtuosas el hecho en que embotella por dentro su menguado interés: esa *viveza* criolla, que enreda y enturbia con fin deliberado, y que encubre con una hojarasca de palabras la víbora de la intención. Falta de conciencia en las masas; leguleyismo en las capas superiorcs; incapacidad de ideal abstracto en casi todos.

De la impotencia para construirse un ideal, que es ceguera de espíritus, nace la necesidad de todo ciego: el lazarillo. De ahí que nuestros pueblos anden siempre en busca de alguien a quien subordinarse. De ahí que no pudiendo substantivar en ellos la abstracción, personifiquen sus anhelos en lo concreto de un *fetiche*. El *fetichismo* es una necesidad indispensable de aquellos que, no aprendiendo a andar por sí solos, les es preciso que los anden. En religión, por ejemplo, jamás propenden a elevar su *yo* interno en alas de la meditación o la oración; o a normar sus vidas en un alto dechado de perfectibilidad educadora y moral; o a despertar entre sus pechos la chispa latente de lo Excelso. Todo redúcese a desgranar maquinalmente rosarios, con los ojos recargados de sueño, en una actividad de labios y en un letargo de fervor, sin más propósito que el de tener propicio al *santo* que eligieron como abogado celestial. He ahí al *fetiche!* No pudiendo elevarnos, buscamos quien baje hasta nosotros. Rezamos ante el icono, no por devoto apego de almas, sino por pedirle ayuda en las empresas, auxilio en los apuros, y medios prácticos en las necesidades y deseos. Es una compraventa de rezos maquinales por bienes terrenales, Y, así como en religión, somos también fetichistas en política. Sólo que en ésta, en vez del santo, aparece el *caudillo*. El fondo queda siempre igual: un impulso egoísta, que nos retorna a la caverna. Tal es la causa de esas adoraciones, de esos núcleos que van formándose en torno de aquellos que pueden ser promesa halagadora para las ansias de predominio de éste, para el deseo de poder del otro, para el encumbramiento social de aquél, para el medro del de más allá, y para el empleómano prurito de casi todos los demás. Así, la política, que, como ciencia, debiera conducir a sabia construcción y dirección del Estado, y como Etica a la higienización de sus factores, de modo que la salud colectiva garantice la de cada cuerpo individual, es, por el contrario, como mesa de juego en la que el ojo brilla tras la carta probable y en que el mejor fullero es el más hábil. ¿Y la Patria?, diréis. Pues... la Patria es sólo para los discursos y para los boletines. La Patria es como Dios, que todos dicen querer, y nadie quiere de verdad. Se le saca en las solemnes procesiones, y después se la enfunda en su custodia, como hostia de ocasión. De ahí que en los políticos se juzgue quijotismo el desinterés, el sacrificio por el bien general, el servicio sin multiplicación, la entrega de nuestro brazo y de nuestro entusiasmo a la empresa de sanear la Nación. Es que hay en ellos sordera espiritual incurable. Aunque el deber les grite, no tienen oídos para oírle. Porque el estruendo de los vientres es el silencio de las almas.

Y ese egoísmo interesado fundamenta y explica nuestros odios recíprocos. Quienes buscan construir, se juntan; mas quienes anhelan cosechar, se dividen. El ideal compacta. El mendrugo fracciona. En el ideal reside la fraternidad de la colaboración. En el interés sólo reside la Medusa de la rivalidad. El ideal es altruista, y el altruismo pone el útil de labranza entre las manos de Abel; en tanto que el interés es egoísta, y el egoísmo aguza y envenena el hueso de Caín.

Además, a la ambición que nos impele y fracciona, se suma la perniciosa convicción de nuestra idoneidad para el mando. Todos nos sentimos nacidos para dirigir naciones. Si nos encargan la construcción de un edificio, nos excusamos alegando nuestra carencia de conocimiento arquitectónico; si nos ofrecen el piloteo de algún dirigible, oponemos nuestra impericia en aviación; pero empuñar el cetro gubernamental de un estado, eso sí

todos lo sabemos. No hay analfabetos en ese doctorado de la administración. No hemos aprendido aún a llevar la propia rienda cuando ya nos creemos aptos para coger la rienda ajena. Y nuestros pobres pueblos, incapaces de columbrar lo abstracto de un ideal, de comprender la fuerza oculta que conduce a las altas finalidades de la Raza, juegan a la gallina ciega de su desorientación, y con los ojos vendados y los brazos a tientas, sólo aspiran a prenderse del primer caudillo que se acerque, a ser uncidos al carro de personales ambiciones, en espera inocente de falaces promesas que jamás o pocas veces se cumplen.

Y esa inconsciencia de los pueblos se ve reforzada en nuestra raza por cierto bullente, epiléptico entusiasmo por la retórica de bocacalle, esa que hace lentejuelear ante sus ojos tropos de similor, ardores patrioteros de guardarropía, jaujas futuras de papel plateado. Estamos intoxicados de *tribunismo*. Mariposas que chamuscamos nuestras alas en las ampollas de lo declamatorio, nos fascinan, como un espejo hipnótico, esas huecas proclamas cuyos ideales espumantes duran menos que la tinta con que se escribieron. Y los pueblos se enardecen y vuelan deslumbrados por una pirotecnia de frases, sin comprender que esos discursos no son sino ambiciones endomingadas con gallardetes de promesas: ganzúas de palabras hurgando sobre las cerraduras del poder. Y bajo la siembra de palabras estériles, que es como siembra de semillas sin gérmen, sigue arrastrándose la ruina entre las zarzas de nuestras rencillas; y sobre los declives de esa ruina—como hoy está pasando en la pobre Nicaragua—, se siente tronar sobre nuestras cabezas los cascos de los conquistadores. Porque es preciso convencernos de una amarga verdad: nosotros somos los verdaderos propulsores de los salvajes imperialismos que nos atropellan. Porque la conquista nace cuando la virilidad fallece; y porque sino existieran degenerados Baltasares, jamás se acercarían a nosotros voraces Nabucodonosores.

Hay que hacer Patria

El único remedio posible es hacer patria. Y sois vosotros los llamados a hacerla: vosotros los representativos de la Juventud. Hablo de la juventud de veras, flor de vida, sal del mundo, la que aun no está contaminada de egoísmo, sin la asfixia del odio, sin los tumores de alma del prejuicio, sin el rabulismo de propósito y sin la intención de encrucijada. Germen de luz, brote de fuerza: juventud!

Os pido que hagáis patria. Que saquéis los pulmones de ese ambiente de plomo que amenaza asfixiarnos. Tarea lenta y difícil, lo concedo. Sé que tenemos que luchar, para ello, con nuestro *yo tradicional;* sacrificar nuestro provecho presente, y hasta el apego por la herencia atávica, y hasta el afecto de padres por lo que conceptuamos como nuestra obra: perder gran parte de nuestra ración de goces, y acallar el orgullo que retiene lo antiguo, en beneficio de los que vendrán. Porque la verdadera acción reformadora, en estos momentos concebible, no ha de ser sino aquella que abandonando, si es preciso, lo inmediato, por necesario que parezca, se resuelva a encauzar sus esfuerzos con rumbo hacia lo porvenir. Cuéntase que los soldados rusos terraplenaron con sus cuerpos el foso de Schweidnitz para crearle como un puente humano al paso de sus compañeros. El sacrificio de *lo nuestro*, en provecho de *los nuestros*. Tal es la lección. Hay que llenar el foso con nuestros intereses actuales, para que encima de ellos, pueda pasar triunfante nuestra patria futura. Acordarnos de la frase de Amiel: «Nosotros expiamos por nuestros padres, y nuestros nietos serán castigados por nosotros».

Cierto día de paseo campestre, me quedé contemplando con asombro a un viejecito centenario que, encorvado sobre la negra tierra, cavaba tembloroso para sembrar en ella unas cuantas semillas. Trabé plática con él; y hube de saber por su boca lo que aquella penosa labor significaba para él. Aquellas semillas eran de las que alejan toda esperanza de próxima cosecha, de las que tardan años y años en crecer, frutar y florecer. Yo, con mi conciencia zabullida en el lucro, saturada del positivismo cosechero, no acertaba a comprender el móvil de aquel valetudinario que más estaba para coser su almohada funeraria que para esperas problemáticas de recolección. Y él, que me miraba fijamente, mientras con su pañuelo rojo se limpiaba los surcos húmedos de sus arrugas de la frente, sin duda adivinó mis pensares, pues me explicó sonriendo: «Esto no lo veré yo, señor. Bien lo sé. Fruta tardía no es para labios viejos. Pero es, señor, para mis nietecitos». Y prosiguió cavando.

Sigamos ese ejemplo. Cavemos nuestra tierra, fertilizemos nuestra patria. Olvidemos los regodeos de nuestra propia gula, pensando sólo en la cosecha de nuestros nietecitos.

SANTIAGO ARGÜELLO

De RUBÉN COTO

El carrito de mano

TODAS las mañanas como a las ocho, comienza a oírse por la calle del pueblo, el rechinar de las dos ruedas de un carro de mano pequeño y rústico, del que va tirando con mucho trabajo la vieja María; la madre de los dos muchachos impedidos que lleva acomodados en el interior. Degeneración alcohólica sin duda: el padre acabó sus días en el hospital, hace años. Era jornalero, buen peón que trabajaba fuerte en la semana; pero los sábados y los domingos bebía hasta embrutecerse. Los efectos de tales extremos le tomaban muchas veces los lunes y más.

Se oye por momentos el chirrido del carro que se alterna con el canto lento y triste de algún gallo en la calle solitaria a esa hora. Un caballo viejo que recoje tallos verdes, levanta la cabeza y mira hacia el pequeño carro; de nuevo dobla el cuello hasta el suelo y avienta con respiración poderosa el polvo y las briznas secas a su alcance.

El carrito va de puerta en puerta: es una carreta pequeña, sin pulimentos de ninguna clase; alguna mano bondadosa pero torpe, adornó su exterior con palmas pintadas con pintura verde. Todo el vecindario lo reconoce desde lejos cuando le oye venir, y cada uno auxilia de algún modo a la buena mujer: algún bocado, una raspa de dulce, alguna ropa vieja, algún dinero escaso, una caja de fósforos, cigarros, café, una candela, todo conforme se puede en ese momento... La maestra —una señorita de la ciudad— le ha dado unas zapatillas viejas de raso negro, con bordados dorados y tacones muy altos. María se las ha puesto, y al ver calzados así estos pobres pies envueltos en unas medias sucias y rotas, se sienten deseos de sonreir con infinita tristeza.

Ia. . . Ia.

Ia. . . Ia

Parecido al «pío...pío» que sale de los nidos cuando se acerca la madre. Ia... Ia... claman a un tiempo los dos hermanos impedidos, y alargan las manos cada vez que la madre torna a la carreta con la dádiva recogida en una puerta. Es todo cuanto ellos pueden expresar: Ia... Ia...

. . . .

Ha muerto el mayor de los dos muchachos hermanos, el de quince años. Ha disminuido el peso del carrito, las ruedas giran con menos lentitud que antes. A pesar de eso, se adivina ahora mas trabajo en la madre al tirar del carro, cuyo rechinar alterna a ratos con el canto de los gallos triste y lento.

RUBÉN COTO

San José, Costa Rica.

Ensayos, por Max Jiménez

La literatura costarricense parecía definitivamente haberse sumido en el remanso del sentimentalismo empalagoso; estancada en un lirismo de hace medio siglo, pobre y melancólico, en desacuerdo con la vitalidad de un pueblo joven y fuerte; ningun indicio de esfuerzo por sacudir el ignominioso peso de lugares comunes retóricos, venidos muy a menos y proscritos de todas las literaturas; en fin, un retraso total en lo concerniente al Arte, características eran éstas de las modalidades espirituales de aquel país. Allí el Arte, en suma, era una cosa tan al margen del progreso, de la vida misma del mundo, que cualquiera manifestación, cualquiera inquietud, cualquier tendencia renovadora, cabía aseverar que jamás cuajarían sino en rencorosa extrañeza. Moneda corriente y legal fué que un señor, tras deglutir mal unos cuantos libros franceses, escribiera una página de tonterías, para que se le considerase al punto como un *esteta*, y lo que es peor aún, que dicho señor se creyera a sí mismo un ente de sensibilidad y cultura sobrenaturales. Tanto en poesía como en pintura o en escultura, Costa Rica, como dejo dicho, hasta el día que yo me ausenté de ella—y no va para muchos años—no daba señales de prosperidad, casi ni de vida. El *Repertorio Americano*, sin embargo, viene haciendo una labor de difusión cultural que ha colocado a dicho país en primera línea entre los centros de cultura de nuestro continente, y convergiendo hacia él la mirada alerta del extranjero culto. Espejismos son éstos y nada más. Conviene decirlo ya que Costa Rica debe, cuanto de buena fama ha adquirido en el mundo intelectual, a la sola labor de acercamiento, persistente y desinteresada,—en una palabra: idealista—, que viene realizando desde hace tantos años, J. García Monge. No obstante, en aquel ambiente negativo, por paradoja, se han formado escritores de la talla de Carmen Lyra, firma de internacional valía, Rubén Coto, y Antonio Zelaya y las de poetas tan estimables como *Billo* Zeledón, Rafael Cardona, Marchena y Carlos Luis Sáenz.

El caso de Max Jiménez es digno de atención y estudio, y resulta verdaderamente desconcertante dadas las condiciones estéticas, tan arcaicas, de aquel medio. Pero puede decirse que su sensibilidad se ha desenvuelto y sutilizado en París, como sucede con la de otra mentalidad robusta: León Pacheco. Max Jiménez, a raíz de su exposición de esculturas en París, conquistó rápida notoriedad. Su triunfo, en Costa Rica, pasó vergonzosamente desapercibido. Sus bronces y sus tallas en madera son de un encanto y sugestión que cautivan y conturban el espíritu. Siguiendo la técnica de las escuelas de vanguardia, la fantasía de Jiménez, poderosa y sana como su juventud, se definió en múltiples formas de la más afortunada expresión, plenas de gracia y de vida. Muchos de estos trabajos recuerdan a los de Epstein. No cabe duda que si estas esculturas fueran exhibidas en Costa Rica, tacharían a Jiménez de loco o al menos de extravagante; y de lo que sí estoy seguro es que no las comprenderían. Un público que se solaza dominicalmente con las caricaturas tan cursis como chabacanas de un Paco Hernández y apenas si presta atención al arte naciente y tan prometedor de Rodríguez Ruíz, no esta facultado para comprender la escultura de Max Jiménez. La sensibilidad allí es demasiado aldeana, para alcanzar a gustar los refinamientos voluptuosos de un arte que no es ni sentimental ni azucarado. Por la misma razón, uno se extraña que todavía se acepte como poesía el gárrulo ramplonerismo de Rogelio Sotela o de cualquiera de sus discípulos lagrimosos; o que se juzgue originalidad al calco desvergonzado que viene haciendo Asdrúbal Villalobos de Evaristo Carriego, el más auténtico y puro de los poetas argentinos; o, en fin, donde un Brenes Mesén es vilipendiado, en son de crítica, por cualquier periodistilla adocenado, y todo porque ha cometido el imperdonable desafuero de dejar de ser mediocre. Pero estas cosas en sí carecen de importancia y no vale la pena tomarlas en cuenta.

Max Jiménez ha publicado su primer libro, con el vago título de *Ensayos*. Y ante esta colección de novísimos poemas en prosa, verdaderamente que la satisfacción de lo hace mucho tiempo esperado regocija nuestro espíritu de una suave alegría. Alegría de poder constatar al fin que en un país por el cual se siente hondo afecto y donde se han despilfarrado los mejores años de juventud y de ensueños, y donde, además, vive la mujer que uno quiere y desea, dé señales de vida activa, al incorporarse tan airosamente al renacimiento espiritual del mundo literario de la trasguerra, con un libro tan bien construido, y abdique, así, de su sensibilidad fósil, de museo.

Bien lo dice el querido maestro García Monge, con su afable bondad y su culta sinceridad, al prologar estos *Ensayos*: «Considero a Jiménez una sensibilidad nueva en nuestras letras, fina, original. ante nuestro paisaje y nuestras gentes». No hay duda de que Max Jiménez sea esto y más: el único original de los jóvenes escritores de Costa Rica.

Él, que supo asimilar en su escultura la técnica tan sencilla como complicada del cubismo, el expresionismo, etc., no de otra manera tenía que ser en las letras. Su juventud lo obligaba a tal.

Se nos presenta Jiménez en sus *Ensayos* como un temperamento ávido de novedad y rico en la expresión. ¡A cuántos *estetas* de por allá habrá «molestado su inquietud»!

Los ensayos que forman la parte de *De la Naturaleza*, son para mi gusto los más interesantes y los que más abundan en originalidad: rico en singulares imágenes, Jiménez las prodiga con parsimonia y acierto.

Considero este libro de Max Jiménez— con todas sus imperfecciones de obra primigenia—como un sólido ariete que ha de ir abriendo la brecha para que entren las nuevas corrientes literarias en el rocoso peñón sentimental y churrigueresco de las letras costarricenses.

EDUARDO URIBE

Buenos Aires,
12 de Junio de 1927.

LA COLOMBIANA

SASTRERIA

Francisco A. Gómez Z.

TELÉFONO 1283

Frente al Pasaje Jiménez. Al lado de la Botica Orienta

Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires Club en series a ₡ 3.50 semanales. Haga una visita y se le darán detalles. Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Nosotros

Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales.

Fundada el 1.º de Agosto de 1907

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Administrador: DANIEL RODOLICO

Oficinas: LIBERTAD N.º 747.

Exterior. . . . . . » 8.00 dólares.

BUENOS AIRES. REPÚBLICA ARGENTINA.

Revista Parlamentaria de Cuba

Publicación mensual

Política, Historia, Intereses Profesionales, Cultura General y Defensa Nacionalista

Director: JOSÉ CONANGLA

Apartado 973 - Habana, Cuba.

Suscrición anual: . . . $ 6.00 oro.

Ante la gesta de Lindbergh

SEPAMOS extraer, de la historia en cuyo torbellino giramos, la parte viva de epopeya. Los que luchamos con la vida confortados por el propio amargor del disconformismo, sentimos a veces en la frente el refrigerio de los días inmortales. Un solo momento puede así compensar toda una época de vileza o barbarie. Este ha sido el valor de la gesta de Lindbergh.

La aviación es, indudablemente, una prueba de superación humana. Ha convertido en cosa real una metáfora: la aspiración de vuelo, el nacimiento de alas sobre la espalda del hombre, la ansiedad por emular las águilas. Hay en ese ejercicio una fusión de deporte y poesía que ha exaltado los viejos valores gimnásticos. Píndaro no pudo soñar para los héroes de sus epinicios semejante dignificación. El estadio olímpico se ha sublimado hasta el cielo, y los luchadores han convertido en pista los caminos inaccesibles a la actividad natural humana. El viejo arsenal de las imágenes poéticas queda inútil y pobre para cantar las gestas nuevas. La admiración, viendo impotente a la palabra para revelar la vibración del espíritu, se junta a esas multitudes adorativas que levantan al triunfador sobre el pavés de los hombros innumerables, ofreciéndolo a las ciudades como un testimonio vivo de las posibilidades futuras de la especie, y saboreando en esa emoción una mezcla ambigua de inferioridad personal y de coparticipación en la gloria ajena.

Pero ¿por qué hay en la copa de esos indudables heroísmos un poco de amargura que nos desconcierta? El esfuerzo es magnífico; el gesto tiene una sublimidad desconocida hasta ahora. Pero la estela de esos aviones no es todavía un camino de luz inconfundible. Esos cometas errantes pueden aparecer todavía, a los ojos del contemplador ultravidente, diseñando en la noche augural un rastro sangriento. O, si queréis, esas palomas mensajeras no llevan el ramo de olivo que anuncia los días de paz y el iris de alianza...

***

Otras veces he intentado señalar la diferencia entre cultura y civilización. Me he atrevido a decir que, en ocasiones, «una» cultura puede ser la enemiga de «la» civilización. Nuestra época dejará, sin duda, una formidable herencia de cultura. Y si hemos de plasmar en una forma visible esa intensificación cultural, el avión será esa manifestación viva. Su mismo nombre es bello; no participa del prosaísmo científico, anejo a casi todos los inventos. Forma alada, triunfante por sí misma sobre el aire, por la eficacia misma del impulso, y no por una ingravidez que le haga esclavo del azar de los vientos, el avión es el prodigio vivo de nuestro tiempo; es nuestra presea colectiva de inmortalidad. Calderón tejería de nuevo para él, la sutileza culterana de sus imágenes.

Pero ese avión ha de ser el mensajero de nuestra ansiedad espiritual. Su mayor belleza reside precisamente en que ha depurado la materia, elevándola a cualidades de espíritu. ¿Qué mensaje lleva sobre sus alas? Ese fruto de cultura refinada, ¿qué flor de civilización deposita sobre ciudades y tierras? ¿Qué polen fecundo esparce tras de sí como cola luminosa sobre los mares? ¿Qué vínculo deja caer entre los continentes al aproximarlos, ciñendo el mundo con un abrazo fraterno?

Entreguémonos a la mágica visión. Pasa, entre la niebla, rasgando las nubes que se se le oponen como fantasmas, un avión. ¿Por qué veo en sus alas negrura de cuervo? ¿Por qué parece husmear sobre los campamentos, al atisbo de no sé qué? Ha dejado su mensaje. ¿Su mensaje? Ese mensaje es otro producto de refinada cultura humana. Es una bomba de guerra, que siembra la muerte, la ruina, la desolación. La tierra ha presenciado recientemente otra exaltación épica, en que las antiguas epopeyas guerreras alcanzaron también proporciones desconocidas. Y el avión, flor y fruto de cultura, fué el instrumento fatal de esa pasión. He aquí cómo la mayor alteza del pensamiento humano se invierte en las mayores abominaciones de inhumanidad. Y Europa, que pretende ejercer sobre las razas inferiores una tutela protectora, no ya por el derecho de la propia cultura, sino por el de la civilización, se vale también para ello de esa potencia de vuelo recientemente arrancada al secreto de los dioses, a modo de nuevo Prometeo, y lanza sobre las tribus indefensas el mensaje de fuego, en vez del mensaje de fraternidad... ¡Cultura contra civilización! ¿No habrá un castigo divino para ese aprovechamiento siniestro de la nueva y divina facultad?

Pasan sobre nuestra cabeza atónita los aviones. ¿Blancos? ¿Negros? ¿Son los aviones de los bellos mitos diurnos, creadores de los dioses buenos, o los aviones de los mitos nocturnos, que engendraron a los dioses malos? ¿Será el ángel de luz o el ángel de tinieblas? ¿Distinguís sobre esas alas tersas y poderosas destellos de sol o salpicaduras de sangre?

La aviación es el trofeo de la mayor victoria humana. Pero esa victoria no ha sido alcanzada en lucha contra hombres, sino en lucha contra la Naturaleza hostil; en lucha contra los dioses, al modo de la vieja tragedia. Por eso no es lícito aprovecharla para otra cosa que para lograr con ella nuevas victorias, aún mayores, en la misma guerra; jamás para esas formas monstruosas y colectivas de fratricidio.

***

Pero todo eso no amengua la gloria de ese joven heroico, que por primera vez ha unido en el rastro de su vuelo dos continentes. ¿Para qué esterilizar su arrojo, cuando todas las palabras resultan menguadas e incapaces? Imaginémosle en el momento de iniciar su gesta, ávido del peligro, ansioso de penetrar con la luz de su valor la noche y el abismo, buscando la aurora en sus eternos manantiales de Oriente. Y luego, sobre el Océano, la propia embriaguez de su obra no le dejaría percibir la desfloración de esa virginidad divina de las soledades; ni el roce de otras alas negras con las alas del *Espíritu de San Luis*, ni el terrible acorde entre silencio absoluto y rumor eterno de olas atlánticas, sepulcro de legendarias ciudades. Volaba entre «las dos aguas», las dos aguas del Génesis, como Elohim antes de la Creación. Devolvía al viejo continente la audacia de los Descubridores. Atravesaba el desierto sin oasis posible y se confortaba con la absoluta soledad. ¿No florecería en sus labios alguna canción amiga, para que algún grito del mundo que atrás dejaba despertase los ecos reveladores del mundo que ante él aguardaba ansioso el rumor de su llegada? Al atisbo de la costa europea, absolutamente solo, sin haber removido tras él una nación para auxiliarle, sus ojos escudriñarían la noche confidente, orientándose bajo los astros que conocían su horóscopo de predestinado, entre el doble latido de humanidad de los hemisferios que le escoltaban, pendientes de su hazaña única, destinada a separar dos épocas. A veces, su avión se salpicaba de espuma, como una gaviota audaz, y otras quedaba ungido por la escarcha de las alturas inaccesibles. El delirio de su insomnio fecundo acaso debió señalarle, entre las nubes amenazantes, el paso del avión desconocido, en que navega el Aviador Errante, que expía tal vez pecados de otra cultura culpable y sacrílega. Y envueltos en la estela del *San Luis* volaban también, con él, anhelantes, cinco sombras, cinco muertos. Los heroicos predecesores inmediatos, tan grandes como él, coronados por el martirio de su fe, y que le dieron la más gloriosa de las escoltas, porque era la prueba palpitante de su heroísmo.

GABRIEL ALOMAR

(*La Libertad*, Madrid).

Ejemplares disponibles

Los hay a la venta, y en la Administración del REPERTORIO, de las dos últimas obras de Rogelio Sotela:

El Libro de la Hermana ... ₡ 1.50 ($ 0.50 oro americano para el exterior).
(Verso)

Crónicas del Centenario de Ayacucho .... ₡ 2.50 ($ 1.00 oro americano para el exterior).

Disponemos también de ejemplares de la obra recién editada de Jorge Zalamea:
El regreso de Eva. Ensayo de una farsa dramática.
A ₡ **3.50** el ejemplar. Para el exterior: **$ 1.00** oro americano.



El humorismo

de José Ingenieros

La misión Carnegie invitóle, conjuntamente con otros intelectuales sudamericanos, a realizar una jira por los Estados Unidos. Al pasar por Washington era natural que se les presentara al presidente Wilson; y una mañana se les dió audiencia en el salón de recepciones de la Casa Blanca. Uno a uno, sencillamente, fueron presentados al ilustre presidente, y uno a uno, los presentados, al estrecharle la mano, fueron repitiendo sus respectivos nombres. Cuando a Ingenieros le llegó el turno—contaba Carlos Octavio Bunge, testigo de la escena,—le dijo con la mayor naturalidad: *Benitos Villanoivas.* Es de imaginar la sorpresa de los presentes; más aun cuando Wilson, haciendo una excepción, repitió: «¿Míster Villanoivas? Very pleased, indeed», y prosiguió, siempre en inglés: «Ya he tenido el placer de oír hablar de usted, míster Villanoivas». Ingenieros contestó con una inclinación de cabeza y un levantamiento de manos y hombros, habitual en él. Luego el Presidente pasó a otro ilustre sudamericano que, sin duda, no perdió la oportunidad de pronunciar su nombre ante tan ilustre personaje.

—

En una de las habituales comidas de la revista *Nosotros*, en las que siempre era él quien daba la nota amena y jovial a la vez que inutilizaba indefectiblemente las placas de los fotógrafos haciendo toda clase de muecas y hasta cuartas de narices cuando encendían el magnesio, en una de aquellas cenas, un caballero muy respetable, profesor universitario, aprovechando un momento en que Ingenieros permanecía callado, le preguntó:

—Doctor... ¿qué opina usted de la filosofía de Boutroux? ¿Vale la obra de ese hombre?

Ingenieros le miró, frunció la boca con aquel su gesto burlón, casi infantil, y le espetó:

—¿De Boutroux? ¡Bah! No vale nada. Lo único interesante que ha hecho es proporcionarme la oportunidad de publicar mi libro.

La consternación del profesor no tuvo límites.

—

Poseía una facilidad única para sugestionar a las gentes y hacerlas participar, a lo mejor, de sus ideas descabelladas. Son clásicas sus burlas con dos o tres personajes trágicos y grotescos que andan por los cenáculos literarios. Uno de éstos hombres se cree hipnotizador y la gente joven, para dar pávulo a su triste chifladura, simula que cae bajo su influjo. Alguna vez Ingenieros, sinceramente, lo dijo:

—Yo no sé quién es el que está en el «medio»... Si este loco o estos que le siguen la corriente. Porque lo indudable es que M. consigue que ellos permanezcan inmóviles, hipnotizados o no, pero como si lo estuvieran.

—

Acostumbrado a tratar con locos y maniáticos elegantes, en cuanto entraba en estudio un desconocido, obligábalo a sentarse frente a él, en un sillón, antes de explicar para qué iba allí.

Así, más de un joven estudiante que acudió al que era realmente un maestro y un animador, quedó desconcertado ante aquel «¡Siéntese usted!» categórico e imperativo.

Pero luego, descubierta la causa de la visita, ¡cuánto ánimo, cuánta voluntad no infundió aquel sabio bueno que por serlo exclusivamente tenía el pudor de ocultarse bajo una máscara burlona y desenfadada!

—

En una reunión, con gran aplomo, sacó unas gafas para leer, evidenciando grandes dificultades y hasta casi una imposibilidad absoluta.

En eso alguien insinúa:

—Pero... esos lentes no le vienen bien a usted...

—¡Claro que no! Pero... ¡es que no tengo otros! Los encontré sobre el escritorio del doctor Fulano; me pareció que me venían bien y me los puse. Pero, sí; en cuanto tenga tiempo iré a un oculista. Esta corrección de pruebas me va a dejar ciego.

(Ingenieros no se fiaba de ningún género de correctores tipográficos. A unos los despreciaba por pedantes e inútiles y a otros, por excesivamente descuidados. Es así como todas sus ediciones y hasta las de la *Cultura Argentina* poseen este raro merito de una gran meticulosidad en los textos y en la confección tipográfica).

—

El mismo, en un discurso pronunciado en el año 1904, recordó esta anécdota:

«Un niño cursaba grados elementales en el Instituto Nacional, dirigido por el virtuoso educacionista Pedro Ricaldoni. Llegó la semana de exámenes y el niño obtuvo tantos «sobresalientes» cuantas asignaturas cursaba. Le otorgaron la medalla destinada al mejor alumno del instituto, y el niño, menos contento por esa distinción de cuanto lo hubiera estado recibiendo un cartucho de caramelos, regresó al hogar, comunicó el resultado de los exámenes, y con gesto displicente entregó a su madre aquella insignia cuyo valor no comprendía.

»Ajeno a la emoción provocada, oyó de pronto a su espalda sollozos mal reprimidos; volvió la cabeza y vió a su madre, la medalla entre las manos, los ojos húmedos de llanto...

»He oído referir que el niño, inconsciente en sus siete años del por qué de aquellas lágrimas, corrió hacia su madre, trepó sobre sus faldas y echó a llorar también él, diluyendo en ese llanto virgen, cuyas fuentes ciega para siempre la edad que pasa, las sílabas de una frase justificativa:

»—No llore, no llore; no lo haré más ¿Qué culpa tengo si me han dado esa medalla?»

Aquel niño era José Ingenieros...

(*Caras y Caretas.* Buenos Aires).

Pro cultura e inteligencia

San José, Costa Rica, 20 agosto, 1927

Presidente Machado

Habana. Cuba.

Fieles memoria Marti, pedímosle libertad *minoristas* y deportados peruanos.

Justo A. Facio, García Monge, J. J. Salas, Carmen Lyra, Rubén Coto.

Habana, Aug 23, 1927.

Justo A. Facio y compañeros.

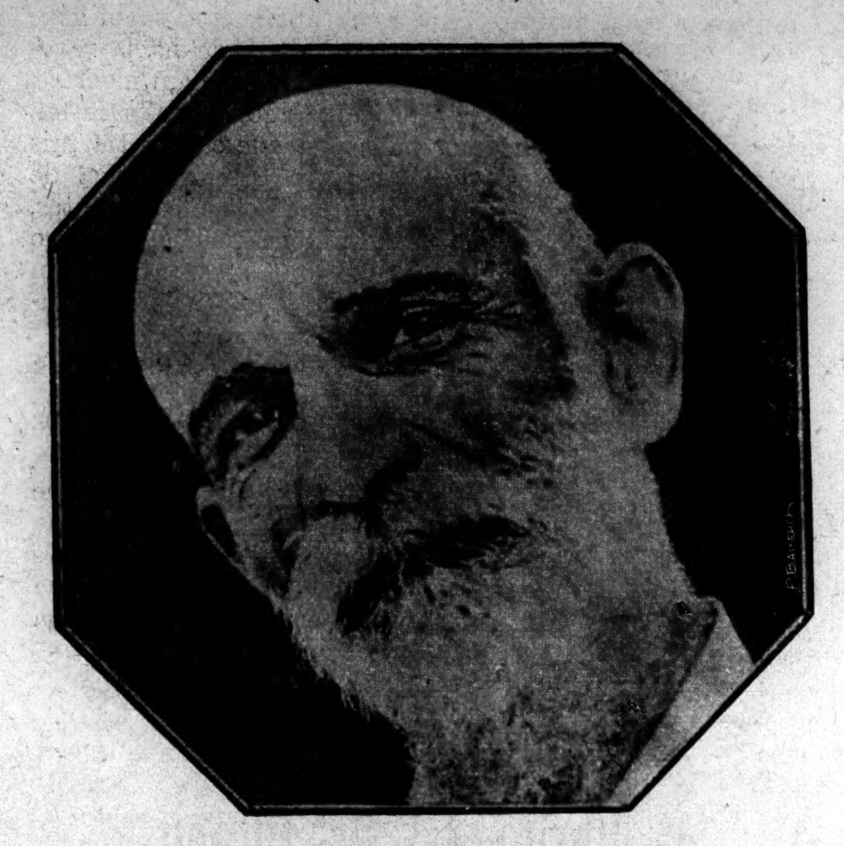
San José.

Compláceme participarles que peruanos detenidos están ya en libertad y embarcarán voluntariamente para extranjero.

Ricardo Herrera,
Jefe de Despacho
Palacio Presidencial

Mi Don Francisco Giner

(1906 - 1910)



Señor Don Francisco Giner de los Ríos,
ya más no os verán estos ojos míos,
ni más oiré los consejos píos,
con que ordenasteis mis jóvenes bríos.

Os fuisteis arriba. Yo fuí a Poniente,
a hacerme una patria con extraña gente,
llevando conmigo la buena simiente,
que vos me donasteis cual rico presente!

Cruzando la tierra, vadeando los mares,
marchando hacia el Nórte, regiones polares,
viniendo hacia el Sur, a tierres solares,
el vuestro recuerdo alivió mis pesares.

Por esto un libro pequeño yo escribo,
que diga a mi pueblo ingrato y esquivo,
lo que vos sufristeis cuando aún erais vivo,
al verle caído, postrado, pasivo!

1.—Don Francisco

LLEVABA una carta para él de su hermano. El portero (un hombre viejo que después aprendí a estimar, como todo lo de aquella casa) me preguntó si prefería esperarle en el jardín. Era un jardín lleno de niños que jugaban; aquello debía ser una escuela. Me parecieron demasiados niños para tan poco jardín, pero después ví que sabían jugar con arte y decisión en aquel espacio tan pequeño. Le esperé sentado cerca de una fuente, donde los pequeños, venían a beber. Me miraban con poca curiosidad, como acostumbrados a ver forasteros.

Lo ví llegar con un racimo de chiquillos por entre los árboles; debía ser él, porque traía mi carta en la mano. Era un hombre pequeñito, viejo, con cara casi vulgar; la barba recortada, dejaba ver una boca demasiado grande. Sólo los ojos—unos ojitos oscuros, tristes—sorprendían al que como yo le hablaba por primera vez. Se me acercó, y casi sin saludarme, dijo mirando la carta que traía en la mano:

—¿Y V. quién es y qué quiere hacer?

Yo respondí, diciendo:

—Si yo supiera quién soy y lo que quiero hacer, ya no estaría aquí.

Calló meditando, no sé aún si de su pregunta o de mi respuesta.

—Tiene V. razón, dijo al fin, si supiéramos quiénes somos y lo que queremos, cuántas cosas dejaríamos de hacer, que ahora hacemos!

Y volvió a callar como abstraído en meditación. Entonces ví por primera vez aquel desvanecerse de su mirada, sumido casi en éxtasis, percibí uno de los silencios graves que interrumpían a cada momento la conversación en apariencia tan alegre de Don Francisco. De pronto se sacudió, y mirándome fijamente comenzó a preguntarme por su hermano y por Barcelona. Evidentemente no quería aventurarse demasiado con un joven extraño como yo. Aún sin querer, la conversación fué tomando interés. Yo intenté marcharme; temía importunarle robándole tanto tiempo.

—Oh, no, me dijo como resignado, nada tengo ya que hacer; he dado mis clases por la mañana... Y además, ya lo ve V. estoy trabajando ahora también; estoy aprendiendo mucho con esta conversación. Unos estudian; otros escriben... Mi tragedia es tener que hablar; hablar siempre... con todo el mundo. Mi función es el hablar!

Como yo no estaba acostumbrado a la extraña coquetería espiritual de Don Francisco, me quedé un poco sorprendido. Primero me decía que estaba aprendiendo hablando conmigo, después añadía que su tragedia era tener que hablar... y con todo el mundo, hasta con un pobre joven recién llegado, como yo. Me parecía que estábamos representando la escena de Mefistófeles con el aprendiz filósofo. El notó mi turbación, y reapareciendo su grande amor me obligó a explicarle algo de mi vida. ¡Qué más deseaba yo! Como todos los jóvenes de mi edad, para una confesión así, habría ido hasta el fin del mundo.

Atardecía. Los niños habían ido desapareciendo, y con el rumor de la fuente, aquel jardín callado parecía de un convento, ¡Y lo era! Aquello era una escuela, y un convento, y también, como ví después, una casa, un hogar. Don Francisco quisó que subiese arriba, y entré por primera vez entonces, en el salón de la INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA. Era una sala rectangular con dos balcones que daban a la calle. A un lado un piano y al otro, unos estantes de madera con libros. En las paredes dos cuadros, dos retratos de familia: uno del padre de Don Francisco con unas grandes barbas blancas, y otro de un niño de ojillos negros, que después supe era Don Francisco en su infancia. Nos sentamos en unos pobres muebles, pero cómodos y cubiertos con mantas jerezanas. En comparación con lo que había visto en otras casas de Madrid llenas de muebles caros de pésimo gusto, todo allí me parecía tan nuevo, por ser tan español. Hablamos otra vez, era singular que la conversación durara tanto. Yo no conocía aquel viejo pocas horas antes, y ya, cuánta confianza había puesto en él... Además, él insistía en retenerme.

Entró Cossío, su hijo adoptivo, y como yo acababa de llegar de Italia, y Cossío también había estado allí cuando joven, la conversación tomó otro rumbo. Me hicieron explicar mi viaje. Les dije cómo terminados mis estudios en la triste Universidad de Barcelona, decidí completar mi educación yéndome a Italia, con unas tres mil pesetas que tenía ahorradas. Me hicieron hablar de Croce, de Monaci, de Rajna, de Venturi, y de otros con quienes había estudiado. Les hablé de Carducci,

a quien ví poco antes de morir, de D.Annunzio, que visité en Settignano donde me llevó De Carolis. Hablamos de Papini, que entonces no era más que el pedante editor del *Leonardo*... Les hablé de mis viajes por la Sicilia y la Italia meridional, donde hay todavía tanto de español...

—¿Y siempre con sus tres mil pesetas?

—Naturalmente, duraron trece meses, y aún han sobrado para venir aquí...

Don Francisco movía la cabeza con gesto de inquietud, repitiendo, «Qué hombre! Qué hombre!...» pero manifestando su angustia de ver otro caso de desorientación de la juventud española, llena de ansia de algo desconocido, lanzándose al mundo sin ningún auxilio espiritual, ni preparación, para bien aprovechar de un viaje de estudio. Aquellas palabras de Don Francisco:—«Qué hombre! Qué hombre! Dios mío! qué hombre!»—eran una expresión de sentimiento, y querían decir tanto como:

—He aquí otro a quien amar, una nueva inquietud que dirigir, otros cuidados nuevos para mí!

Llegó la señora de Cossío con sus dos hijitas y después de la presentación, insistí otra vez en retirarme.

—Pero V. estará cansado después de una conversación así! Tendrá hambre, el pobrecito, decía Don Francisco, sin afectación. A dónde irá V. ahora? Tiene V. algún compromiso o algún sitio a donde ir?

—No, a excepción de mi casa de huéspedes, respondí.

—Pues quédese V., dijo la señora de Cossío; aquí estamos acostumbrados a tener amigos a esta hora.

Yo, amigo! Me dejé llevar al comedor, un cuarto pobre de maderas sin pintar, pero con una mesa pulcramente servida a la inglesa. Comimos a la española, y tan a la española—unas sopas de ajo, lo recuerdo bien, y no sé cuál otro guisado nacional; pero todo servido con distinción y con un refinamiento apenas perceptible. También había un dejo de coquetería en aquellas sopas de ajo presentadas entre flores y con un servicio de platos completo y elegante.

Y volvimos otra vez al salón y la conversación continuó sobre Italia, haciéndonos a veces Don Francisco a Cossío y a mí preguntas infantiles, como disimulando su voracidad de conocer, y tratando de justificarse por estarnos escuchando con una excesiva ignorancia. Pero mientras para Cossio el objeto de la conversación eran las cosas de arte para Don Francisco, yo era el asunto principal de aquella noche. Interpelándome, demostraba un sincero interés en las materias artísticas que debatíamos, pero al mismo tiempo me analizaba, y obligándome a aclarar lo que tenía aún dudoso, me hacía revelarle mi insuficiencia. No era el examen de un maestro, ni la pregunta de un confesor, era algo nuevo para mí, cuya eficacia provenía del amor con que compartía mis pobres vacilaciones. A veces la vieja cabeza blanca de Don Francisco se caía sobre el pecho por unos minutos, y aún dudábamos si callaba dormido o meditando. Pero pronto sus ojos centelleantes, escrutadores, anunciaban otra pregunta que nos avanzaba un punto más en mutuo conocimiento y simpatía.

Finalmente, cerca de la media noche, me permitía levantarme.—Si quiere quedarse a dormir, no sería V. el primero. Otros lo han hecho, rendidos de demasiado charlar, dijo Don Francisco sonriendo.

Habíamos estado hablando siete horas. Nunca me había ocurrido una cosa semejante, ni me ha ocurrido con nadie más. Regresando a mi posada por las calles de Madrid, tan hostiles al forastero, iba pensando en aquella extraña aventura: Por fin había encontrado un compatriota en mi patria.

J. PIJOÁN

Pomona College
Claremont, California
U. S. A.

El librito del Sr. Pijoán

Es un honor grande para el Repertorio *poder publicar* Mi Don Francisco Giner, *obrita inédita en 10 capítulos, de José Pijoán. De seguro despertará singular curiosidad en España y América, entre los muchos hombres ilustrados que aman y admiran a Giner de los Ríos, el educador ejemplar de España; no de la España cainita de Primo de Rivera, sino de la celestial y eterna, como diría Unamuno.*

No hallaremos cómo agradecerle al Sr. Pijoán el servicio que ha hecho al Repertorio *con la entrega de estas páginas interesantísimas.*

Por aparte haremos de la obrita un tiraje de 300 o 500 ejemplares.

Resurrección[1]

=Del tomo *Aguja y Ensueño*. Imp. María v. de Lines. 1927.=

Tan blanca, tan blanca que la luz del día
se fundió en las galas de su eucaristía;
tan blanca, tan blanca que hubo confusión
al saber si el tallo florecido había
o si sobre el tallo reposaba el sol.

Rosa blanca y buena, rosa milagrosa
que cuajaba néctar y de su olorosa
corola lanzaba perfumes y luz.
Rosa, hermana rosa franciscanamente,
rosa que con clara caridad de fuente
se abrió para todos bajo el cielo azul.

Blanca! ¿Cuál prestigio mejor? Blanca y buena
en una palabra se dice no más:
blanca la mañana plácida y serena,
blancos los luceros, y así blanca y buena
vivía la rosa su vida fugaz.

Por sobre las eras el vuelo temblante
de leves gorriones cortaba la luz,
y fulgían ellos bajo el sol radiante
como si la clara chispa de un diamante,
se desmoronara sobre su inquietud.

Dardos disparados sobre los vergeles
por algún arquero vecino del sol,
volaban, volaban ávidos de mieles,
aún más que de mieles, ávidos de amor;
y la rosa buena su nectario abría,
que seno materno parecía ser,
y entre más libaba la gorrionería
más bella y más blanca la rosa fulgía
como si de pronto se fuera a encender.

Y así, dando néctar, fué dando la vida,
ella lo sabía, pero ella era así,
mas, de pronto, un día sintió conmovida
que le desgarraba su entraña dolida,
cual si fuera un águila, leve colibrí.

Uno, dos, diez pétalos cayeron al suelo;
uno, dos, diez giros torcieron el vuelo

1. Recitado por su autor en la Asamblea Blanca que el Colegio Superior de Señoritas celebró en recuerdo de la que fué excelente maestra, Vitalia Madrigal.

que buscó el regazo de la blanca flor,
y, pétalo a pétalo, bajo el ancho cielo,
las aves saltaron convulsas de horror.

Carente de galas el cáliz marchito
sobre el tallo triste, callaba un dolor;
lecho solitario, tálamo bendito
que sobre las eras implicaba el grito
lacrimosamente triste de un amor.

Sobre los arriates todo era como antes:
aquí la azucena, más allá el clavel,
el cielo encendido, las nubes errantes,
fecunda la tierra, las hojas temblantes,
todo era lo mismo, lo mismo que ayer.

* * *

Las aves convulsas volaron entonces más quedo
como si buscaran diamantes perdidos. La luz
sobre los arriates, sin tino, lanzaba en enredo
los flecos dorados de su manto azul.

Húmedas las alas en lumbre, fueron los gorriones
trazando, trazando, trazando la rosa en su vuelo,
y de pronto vieron que, sobre la rama,
revivió la rosa: Rosa de Consuelo.

* * *

Ruborizado por los celajes
el sol vagaba por el verjel,
la brisa estaba sobre las hierbas
adormilada como un lebrel;
todo callaba; las azucenas
elaboraban aroma y miel
y donjuanescos, los tulipanes
se resentían de algún desdén.
Sobre las eras, leves violetas,
como pupilas hartas de ver,
bajo el amparo de sus sombrillas
acurrucaban su pequeñez;
todo callaba, pero de pronto
corrió un murmullo por el verjel:
«De nuevo vivo, dijo la rosa,
y en mi nectario tengo más miel;
ávidas aves que mi existencia
fuisteis bebiendo, vuestra avidez
sorbió mi vida con vuestro pico
mientras mi vida se fué con él.
Amantes aves, mis viejos pétalos
cayeron mustios de languidez;
mis viejos pétalos, mi carne mísera,
mis vanidades...»
«Fuimos ayer,—
dijeron trémulas las avecillas,
perseguidoras de nuestro bien,
sacrificamos vuestras entrañas
y vuestra gala vimos caer.»

Bajo el amparo de ocaso cárdeno
y en el refugio de aquel jardín
la blanca plática de los gorriones
y de la rosa continuó así:

LA ROSA

No afanéis tanto vuestros plumones
que mi corola no sentiréis;
ayer mi gala veló mis mieles,
hoy tengo lumbre para ofrecer,
en claro pomo mi leve aroma
y en odre claro mi rica miel.

Sorbed ahora, gorriones míos,
clavad los picos entre mi ser;
ayer bebisteis toda mi sangre,
bien limitada mi sangre fué,
bebed ahora y a los polluelos
dadles la ruta de mi fulgor,
y a los polluelos de los polluelos,
ya soy de lumbre, ya soy de amor.

LOS GORRIONES

¡Néctar divino, cara ambrosía!
Miel tan sabrosa ¿quién la formó?
¡Aroma leve, color castísimo!
¡Jamás hallamos rosa mejor!

LA ROSA

Libad; adentro, muy más adentro.

LOS GORRIONES

¡Divina rosa, llena de amor!

LA ROSA

Ya comprendisteis; ya vuestro pico
cruzó insaciable mi corazón.
Amor dijísteis y amor es eso:
de alma, de carne, de sangre y hueso
fabricar néctar, eso es amor.

Adormilado tras la neblina
cerró sus ojos el padre sol
y, aprovechando su negligencia,
se fué asomando su descendencia
tras las vidrieras de su balcón.
«Una ha caído, dijeron todas,
venid hermana!»
Sólo un rumor
llevó la brisa que despertaba,
rumor de vuelo que se alejaba,
rumor del Angelus, leve rumor.

HERNÁN ZAMORA ELIZONDO

En San José.—Mayo 1927.

En la administración del REPERTORIO AMERICANO se venden los siguientes:

R. Fernández de Velasco: *Los contratos administrativos* 13.50
José Vasconcelos: *Ideario de acción.* 1.50
Enrique Gay-Calbó: *La América indefensa* 2.50
Alberto Guillén: *Deucalión* 2.00
Xavier Icaza: *Gente mexicana.* (Novelas) 3.00
Santiago Argüello: *El alma dolorida de la Patria* 3.00

Un estante de libros escogidos

Adolfo Posada: *El régimen municipal de la ciudad moderna* 8.50
Adolfo Posada: El mismo libro en pasta española 11.00
Narraciones de Venezuela: *Las Sabanas de Barinas* 4.00
Daniel Mendoza: *El Llanero.* (Estudio de sociología venezolana) 3.00
Jorge Mañach: *Estampas de San Cristóbal* 4.00
Alberto Guillén: *El Libro de las Parábolas* 2.00
Luis Enrique Osorio: *El teatro francés contemporáneo* 4.25
Rosa Senat: *Cómo se enseña la Economía Doméstica* 0.75
Rafael Benedito: *Cómo se enseña el canto y la música* 0.75
Mateo Abril: *Mirando vivir* 2.80
Alfonso Reyes: *Cartones de Madrid.* 1.00
Rafael Heliodoro Valle: *Anfora Sedienta* 3.00
Isaac J. Barrera: *Literatura Ecuatoriana* 2.50



¿Qué hora es?...

=Sección destinada a los encargados de la enseñanza pública en escuelas y colegios=.

La Escuela Obrera Superior de Bélgica

=De *El Mercurio*. Santiago de Chile=

—¿Quiére usted conocer la escuela que forma a los dirigentes obreros de todo el país? —me dice nuestro guía. (El Ministro del Trabajo, M. Wauters, se ha dignado poner a nuestra disposición un empleado, el señor Swaef, para que nos guíe hacia las instituciones de su dependencia).

Acepto y salimos con dirección hacia Uccle, un radio casi rural de Bruselas, equivalente al de Providencia de Chile o al San Angel de México. Campos, campos en que se levantan los bungalows blancos, grandes residencias, granjas, y, de pronto, la selva de Soignes, mancha de un verde que me parece sobrenatural, bajo el cielo gris del Norte.

Hemos llegado: varias hectáreas de prado y, al centro, el gran edificio luminoso que es la **Escuela Obrera Superior de Bélgica.** El director, León Delsinne, nos recibe con esa llaneza que también queda entre las virtudes de los países pequeños; un hombre joven, rico de salud y de cordialidad humana.

En su oficina, rigiendo su trabajo, los retratos de varios sociólogos y una cabeza, en la que me detengo, de Luisa Michel; enjuta la mejilla, comida de ardor la frente dolorosa. La llamada Virgen Roja parecía un monje medioeval.

Los alumnos nos esperan a almorzar y entramos en un comedor hirviente de jóvenes, donde el Director, M. Delsinne, nos presenta, a mi compañera y a mí, como visitantes que ellos añadirán a los extranjeros que han sido sus huéspedes, pero que vienen de dos países —México y Chile—que no habían hecho acto de presencia en la escuela.

Fisonomías abiertas; pequeñas mesas, en vez de la clásica y larga mesa común de los horribles internados; los alumnos conversan en voz alta; son alumnas las que han preparado nuestro almuerzo y yo tengo el gusto de servir los platos de mis tres vecinos... El régimen entero de la Escuela está visible en este comedor en que se habla con una camaradería exenta de chacota; se come sobriamente, con una alegría sin vino; *el Director no marca el cargo.*

Salimos después a caminar por el campo circundante—casi un parque—; nos detiene el Director en el pabellón de las internas, y aquí nos sentamos a oirlo hablar.

—¿.........?

—La instalación—costosa, a pesar de su absoluta sencillez—fué dada por un político liberal casi millonario. (El partido liberal belga está formado en buena parte por la nobleza y se atribuye al Rey especial simpatía por él entre los otros, el católico y el socialista.) Cuando se conoció por algunos de sus amigos la donación extraordinaria, fué reprobada. El les contestó: «*El mayor peligro para Bélgica sería el de un socialismo ignorante, cargado de ambiciones y sin caminos claros para satisfacerlas.*»

El donador entregó la Escuela al partido socialista.

—¿.........?

—Como la Escuela hizo sus instalaciones excediendo el legado, contrajo una deuda fuerte que se ha ido pagando con los productos de la tierra. Anote Ud. que hoy día este campo proporciona una buena parte del consumo de la mesa común. Sólo cuando la labor agrícola es excesiva traemos trabajadores; los alumnos hacen voluntariamente el cultivo.

—¿.........?

—Su objeto es formar a los dirigentes obreros a base de educación moral, *para que la masa tenga jefes honestos:* de una cierta cultura en sociología, a fin de que conozcan honradamente las doctrinas que van a propagar o a combatir; y, por sobre todo, a base de generosos ideales humanos.

Hemos visto con alegría incorporarse mujeres en el último tiempo.

—¿.........?

—No; la Escuela no es gratuita. Cada sociedad fuerte, cada sindicato—de metalúrgicos, de carpinteros, de albañiles, de impresores—sostiene una o más becas y envía desde las diferentes ciudades a los jóvenes bien dotados para *leaders—inteligentes, puros y fervorosos*—que ellos ven destacarse en sus escuelas. La cuota anual es pequeña, consulta escuetamente el costo de subsistencia: 3.000 francos belgas. Para las instituciones pobres, en las que es necesario el jefe que guíe el trabajo social, hemos creado *bolsas de estudio*. Y si entre esas instituciones aparece un joven de inteligencia sobresaliente, la Escuela le hará sitio inmediato. *Nosotros buscamos el aprovechamiento absoluto de la inteligencia,* que es, por lo menos, una fuente de bien común como una riqueza mineral o una industria próspera; *es necesario que el pueblo no pierda nunca al individuo superior que ha salido de él para su propia dignificación, y, sobre todo, para su servicio.*

La institución-patrona recibe el informe mensual de los estudios de su patrocinado y lo cambia, si éste avanza poco o no merece el sacrificio. Lo ordinario es que trabajen con alegría y con éxito. Pedimos que, de preferencia, nos manden obreros talentosos. Al término de sus estudios (esto es muy importante) el joven vuelve a su pueblo a continuar en su oficio: la educación de dirigente que ha recibido no le da derecho a un sueldo; está destinado a servir a sus compañeros y no a vivir a merced de ellos. Dedicará sus noches libres y sus días festivos a conferencias y trabajos de secretaría, nada más. *Por ningún motivo queremos crear dentro del proletariado una nueva burocracia.*

El alumno graduado de esta Escuela será el miembro de su partido o de su gremio que conoce la técnica de las organizaciones, que aconsejará en materia de cooperativas o Código del Trabajo, que, si es mujer, organizará las ramas femeninas de su grupo político e informará a las obreras acerca de las leyes que deben pedir.

Algunos de estos leaders, los que estén bien dotados para ello, serán oradores; pero no creamos el demagogo para la arenga vacía, sino *el jefe responsable, con ideas claras, con programa neto, que sabe hacia dónde conduce a los suyos.*

—¿.........?

—No se recomienda en las clases una doctrina socialista determinada; los profesores repasan las ideas dominantes en esta época, especialmente en materia económica; el alumno optará por una y profundizará su conocimiento de ella con las obras que el maestro le indique.

—¿.........?

—Respecto a programas, hemos espigado en cada ramo la parte que se relaciona con nuestros ideales. Así, nuestra geografía es, por sobre todo, económica; nuestra historia revisa las formas de gobiernos de todos los tiempos y hace la historia del movimiento obrero moderno; la literatura nos da el pequeño grupo de obras en las cuales se ha pintado con verdad la vida del pueblo; la higiene se detiene especialmente en la rama industrial y en la cuestión de las habitaciones obreras. Por encima de todo está la educación para el mutualismo, desde el seguro de vida hasta las cooperativas de las cuales Ud. ha visto sembrada esta Bélgica obrera y obrerista.

—¿.........?

—La edad mínima para el ingreso es la de 18 años; los conocimientos que exigimos son los de la escuela primaria completa.

—¿.........?

—Sí; Ud. encuentra aquí, como en todas partes, el problema de las dos lenguas que habla nuestro pueblo. Hemos creado la sección flamenca. Tuvimos, en el último año, 40 graduados de lengua francesa y, 30 de lengua flamenca.

—¿.........?

—Hemos admitido alumnos extranjeros, dos suizos. Exigimos que sean enviados por sociedades obreras similares; *pero no hay nada de académico en la instrucción que damos*; todo ello es cultura que debe ser inmediatamente aprovechada y vivificada por la realidad del trabajo en medio de los obreros.

—¿.........?

—Durante las semanas de vacaciones, que tenemos distribuídas en diversos meses del año, organizamos nuestras «semanas» de difusión de un ramo cualquiera, destinado a los obreros, y a veces a visitantes extranjeros.

Tuvimos la «semana» política consagrada entera al estudio de las finanzas belgas, para poner esta materia compleja y penosa de la baja de nuestro franco al alcance de los trabajadores. Otra fué dedicada al arte belga, explicado a visitantes ingleses que fueron huéspedes de la Escuela.

—¿.........?

—La Escuela da también a los jóvenes el amor a los deportes; ellos organizarán a su vez en sus ciudades las sociedades deportivas de los trabajadores.

—¿.........?

—Acaso lo más importante de nuestro plan de estudios sean las dos semanas de viaje por todo el país que realizan los alumnos, acompañados de sus maestros. Aunque el país es pequeño y aunque el estudio insistente de la geografía económica les presenta las actividades industriales de cada región, nada reemplaza la visión directa de la faena, y llevamos a nuestros jóvenes a conocer mina por mina la región del Borinage y fábrica a fábrica la zona textil de Gante.

El mapa industrial de Bélgica debe quedar vivo dentro de ellos en forma de conocimiento y en forma de relaciones establecidas con los obreros de los cuatro costados del país. *La visión directa de los oficios por los alumnos, que es una comunicación viviente con el dolor de los hombres, ha sido olvidada o descuidada por la escuela; ella constituye una fuente de simpatía humana: el hombre sólo conoce al hombre cuando ha mirado su faena; esto forma el más fuerte cantacto; los otros, la vida social, la vida comunal, son roces de sus epidermis solamente.*

———

Desde la primera semana hasta el último día de nuestra estada en Bélgica, recorriéndola de Spa a Ostende y de Mons a Amberes, hemos visto en cada detalle (manifestaciones públicas, casas del pueblo, cooperativas, bancos) una democracia disciplinada, con una sensatez que no pierde fuerza en la vocinglería, que sigue a sus jefes absolutamente, porque los eligió honestos y capaces; que no descansa en el Estado para servir sus intereses vitales, porque el ahorro la ha hecho señora de una enorme fuerza económica, que está traspasada de cultura y se impone en el Parlamento por medio de representantes que están a la altura de los que envían las clases burguesas; y, por fin, *que gobierna con la mitad del Gabinete.*

Hay muchas fuentes de donde arranca todo este bienestar y toda esta dignidad que sorprenden a quien viene de una semi-democracia sin ordenación; pero acaso la primera sea la calidad de los *leaedrs* modernos.

Bien recompensado está aquel liberal magnánimo. En el espectáculo de esta masa obrera a la vez potente y refrenada que por su sentido de la honra no vende su voto y es dueña de la mitad del Parlamento; en este espectáculo civil, su Escuela ha hecho una buena parte de faena enseñando *una libertad regida por la cultura.*

GABRIELA MISTRAL

Marsella, agosto de 1926.

Babel, de Buenos Aires, y Mariátegui

Telegrama

Al tanto de la prisión de José Carlos Mariátegui, nuestro director telegrafió al gobierno peruano pidiendo su libertad.

Firmaron también el telegrama: Horacio Quiroga, Leopoldo Lugones, Roberto J. Payró, Enrique Espinosa y Alberto Gerchunoff. El gobierno peruano contestó: «Mariátegui no está preso».

Una carta de José Carlos Mariátegui

La prisión del escritor peruano José Carlos Mariátegui y la mordaza impuesta a su importante revista *Amauta*, han servido para evidenciar las múltiples simpatías despertadas por dicha publicación y su director.

He aquí una carta de José Carlos Mariátegui, fiel reflejo de su recia personalidad, bien señalada por Lugones desde la aparición de su primer artículo.

Lima, 30 de Abril de 1927.

Señor don Samuel Glusberg,
Buenos Aires.

Muy estimado compañero:

Le ruego excusarme el retardo de estas líneas. Quise contestar sin demora su grato mensaje de amistad y simpatía. Pero hace algún tiempo me veo forzado a descuidar casi completamente mi correspondencia. Tengo una salud inestable. Salvé hace tres años de la muerte a costa de una amputación y hasta ahora sufro las consecuencias de esa crisis que me dejó mutilado y enfermo. Por fortuna, desde hace pocos meses, voy mejorando. Mi trabajo es, sin embargo, superior todavía a mis fuerzas.

He recibido los libros que me envió Ud. Le agradezco el obsequio. Tengo en gran estima a sus autores, Horacio Quiroga y Sanín Cano. Sobre ambos, dirá algo *Amauta*, la revista que dirijo y que regularmente le enviamos.

Estoy políticamente en el polo opuesto al de Lugones. Soy revolucionario. Pero creo que entre hombres de pensamiento neto y posición definida es fácil entenderse y apreciarse, aún combatiéndose. Sobre todo, combatiéndose. Con el sector político con el que no me entenderé nunca es el otro: el del reformismo mediocre, el del socialismo domesticado, el de la democracia farisea. Además, si la revolución exige violencia, autoridad, disciplina, estoy por la violencia, por la autoridad, por la disciplina. Las acepto, en bloque, con todos sus horrores, sin reservas cobardes. En Lugones he admirado siempre al artista, al pensador que se expresa sin equívoco y sin oportunismo. Ideológicamente, estamos en campos adversos. Me aflige que él refuerce con su nombre y con su acción a los conservadores. Aunque siempre es una ventaja encontrarse con adversarios de su estatura.

Le adjunto copia de un artículo que publiqué sobre *Rahab* de Waldo Frank. Con el último número de *Amauta* va el artículo que escribí para el Boletín Bibliográfico de la Universidad de Lima. Fué reproducido por *Repertorio Americano* y otros periódicos.

Si puedo servirle para la difusión de las obras de su editorial en Lima, mande en mí como guste. Podemos establecer el intercambio con los libros que edita MINERVA. *Amauta* le ofrece sus páginas.

Y yo me complazco en suscribirme de Ud. con los más devotos sentimientos, affmo.

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

(*Babel*. Buenos Aires).

Un práctico estado de vasallaje

=De *El Tiempo*. Bogotá.=

DÍAS pasados suministró el cable a la prensa de la América Latina una noticia estupefaciente según la cual el departamento de estado de los Estados Unidos sajones había manifestado que su gobierno se opondría a que Colombia les hiciese a los súbditos o al gobierno de la Gran Bretaña, a la Anglo Persian Company, para ser más precisos, concesiones de terrenos petrolíferos más favorables que las otorgadas a ciudadanos o empresas de aquellos Estados Unidos. La sorpresa y desagrado con que fue comentada la especie en la prensa de nuestro país dió lugar a investigaciones oficiales y de otro género, para definir la posición del gobierno, caso de ser cierta la extraña declaración. Se ha sabido, como resultado de urgentes pesquisas, que el exabrupto procedía de un artículo prohijado por el *Journal of Commerce*, diario neoyorquino que tiene marcada reputación de imprudente en sus informaciones. Se ha esperado en vano la reproducción íntegra de esa atrevida pieza de política internacional en los diarios colombianos. Tiempo es de que haya llegado a Colombia la edición de ese periódico y, sin embargo, todavía no se conoce en toda su extensión. Parece, con todo, que la secretaría de estado no ha hecho en público, ni a nuestro ministro en Washington privadamente, declaración semejante. So far, so good.

No basta eso, a pesar de todo, para tranquilizar nuestra conciencia ciudadana. Favorecidos por el carácter unilateral de la Doctrina Monroe y por su fluidez y excesiva elasticidad, los secretarios de estado que se suceden y se parecen como los días, unos a otros, la extienden y amplifican según su desleal saber y entender y en obedecimiento a los intereses políticos y de otro género, más o menos imperiosos, por los cuales están dominados. El Srio. Hughes, pocos días antes de abandonar su cargo en la primera administración de Mr. Coolidge, declaró oficial y públicamente, sin señalar países determinados, que la Unión saxoamericana asumía desde ese momento, en desarrollo de la Doctrina Monroe, la protección de todos los canales interoceánicos que se excavasen en América. Como el derecho a proteger una vía marítima de esa clase supone ocupación de territorio, da lugar a operaciones militares y a actos de dominio y, como según parece prepararlo el porvenir, Colombia ha de abrir algún día por las regiones del Chocó un canal indispensable, fue natural esperar que nuestra cancillería hiciese oir su voz acerca de tan significativa contingencia. Nuestra cancillería calló entonces como los peces, aunque por razones no meramente fisiológicas.

En las puertas y en las salas de nuestro ministerio de relaciones exteriores, algunos individuos de vista muy perspicaz leen esta frase, atribuída a Víctor Hugo: «Cualquiera que sea la posición del cuerpo, el alma está de rodillas». Esta frase ha servido de norma recientemente para desagraviar a Washington, sin que nadie lo hubiera exigido. Nuestra humilde situación depende de que por ser miembros de la Unión Panamericana y por estar representados allí por nuestro ministro en Washington la posición que tenemos internacionalmente es una de práctico vasallaje. Los deberes diplomáticos y la cortesía internacional le imponen al ministro de Colombia en Washington y a todos los agentes diplomáticos donde quiera que se hallen el deber de esforzarse dignamente en conservar el título de personas gratas con que fueron recibidos por el gobierno ante el cual representan a su país. Pero en Washington este deber se complica con la circunstancia de ser el secretario de estado el jefe de la Unión Panamericana, donde con frecuencia se tratan asuntos de importancia mayúscula para los países que la forman. No es necesario suponer una extremada habilidad diplomática en el secretario de estado para comprender cuán fácil le es a este funcionario ganarse el concurso de los miembros de la Unión Panamericana en un asunto de interès para su gobierno, con sólo hacerles creer que combatiéndolo pasarían a la poca envidiable categoría de personas *non gratae*. Así hemos aceptado un vasallaje, de segundo grado, es verdad, pero vasallaje. No se sabe, por ejemplo, que nuestra cancillería o nuestro ministro hayan protestado del exabrupto de Mr. Hughes. No es, pues, raro, que las gentes de vista perspicaz hayan visto los susodichos letreros en los salones de nuestra cancillería.

La cual, engañada por la codicia insensata de petroleros y agentes suyos, se imagina que todo el pueblo colombiano está para ante Washington en la posición de un enamorado pusilánime. Es verdad que la petrolería ha adoptado esa posición. Dicen que una vez un artista culinario muy compasivo, antes de abrir y destripar unos peces les preguntó por complacerlos, en qué salsa preferían que se les preparase. «En ninguna, dijeron los peces: nosotros lo que deseamos es que no nos preparen absolutamente». Si nuestros hábiles y donosos petroleros fueran peces y les preguntasen en qué salsa desearían que los sirvieran a la mesa, contestarían seguramente: «A nosotros la salsa nos deja indiferentes; lo que nos importa singular y específicamente es que nos coman los yanquis». Pero tal no es el sentimiento del pueblo colombiano, y la cancillería va a descubrirlo un día de estos, acaso demasiado tarde. La prensa no debe cansarse en repetir que la humildad en diplomacia suele ir reñida con la dignidad y suscita de repente posiciones ignominiosas e insolubles.

Oraba una mañana, arrodillado en la Tercera, con grande humildad y devoción, un hermano de la cofradía que lleva este nombre. De cuando en cuando besaba la tierra y, al inclinarse, el saco corto que llevaba descubría unos pantalones rotos. Detrás de él vino a rezar también una señora muy discreta, que le tocó el hombro y le dijo: «Hermano, no bese usted el suelo; lo que gana por delante lo pierde por detrás». Lo que nuestra diplomacia gana arrodillándose, en compañía de los petroleros, ante el departamento de estado de Washington, lo pierde con el pueblo colombiano, seguramente, y a corto plazo. Ténganlo presente los senadores y representantes de las actuales sesiones y legislen en consecuencia. En las próximas puede ser tarde.

B. SANÍN CANO

La revista

Cromos de Bogotá

En la administración del REPERTORIO AMERICANO hay la posibilidad de conseguir ejemplares nuevos de la revista *Cromos* de Bogotá. Como se trata de un semanario ilustrado de hermosas letras y de mucho crédito en Colombia, no dudamos que algunos de los colombianos y costarricenses que nos lean nos soliciten luego la suscrición. Disponemos de los números 553, 554 y sucesivos. Vendemos el cuaderno a razón de **₡ 0.75,** puesto en cualquier lugar del país.

Al mismo precio, a **₡ 0.75,** vendemos también AMAUTA, la notable revista de Doctrina, Literatura, Arte y Polémica que edita en Lima José Carlos Mariátegui. Disponemos del número 1 al 8, el último que ha salido.



La Edad de Oro

Lecturas para niños

(*Suplemento al* Repertorio Americano)

Paz

Hacía ya mucho tiempo que el hombre cazaba en el monte. En un principio la novelería de los tiros divirtió a los animales salvajes.

¿Has visto?—decía uno al cruzarse con otro en un sendero—Hay un hombre.

—Yo lo ví—respondía el segundo en voz baja. —Tiene una escopeta. Es un cazador.

—Sí. En el barranco corrió esta mañana. Mata.

—¿Mata?—intervino un agutí asustado.

—¡Ya lo creo! Yo vi antes uno. Es un hombre. Ninguno de nosotros puede matarlo.

—¿Ninguno? . . .

—El tigre, sí. A nosotros nos mata.

—¿Han oído? . . . Anda cerca. ¡Huyamos!

Pero a poco la diversión cesó, porque ya no se encontraban los amigos que solían verse al caer la noche. Se cruzaban ahora corriendo, y apenas tenían tiempo de cambiar tres palabras.

—¡Otro tiro hace un momento!—jadeaba uno.

—¿A quién habrá matado?

—Yo sé. Al venado. El lo mató.

—¿Y el tapir?—preguntaba otro.

—Anteayer en el río. . . Muerto.

—¿Y el puma?

—Hace una semana. . . Muerto.

—¿Y el oso hormiguero?

—En la orilla del pantano. . . Muerto.

—¿Y el tigre?

En ese instante un estampido y un maullido escandaloso resonaron en las tinieblas.

—¿El tigre? . . . Acaba de morir.

Ahora bien, aunque los animales del bosque no unen jamás sus fuerzas contra el hombre, hay ocasiones en que la naturaleza misma—encarnada en la luz, la atmósfera, el clima, la selva y sus hijos—medita su exterminio. Y una de estas ocasiones fué la presente, cuando los animales decidieron hacer una trampa y cazar al hombre.

No contaremos cómo lo cazaron, pues las facilidades abundan en el bosque. Diremos solamente que una noche el hombre se encontró desnudo atado a un árbol, entre los animales que alzaban sus duras nucas a él. Y nada diremos tampoco de quién le desnudó ni de qué lazos eran aquellos que lo ataban al árbol.

Los animales miraban de hito en hito al hombre con sus ojos verdes, y el hombre sudaba en la oscuridad.

—¡No me maten!—decía jadeando como si acabara de correr.—¡No tienen derecho a matarme!

—Y usted, ¿qué hacía?—rechinó entre sus dientes cruzados el jabalí.

—¡Yo cazaba en libertad! ¡Eramos todos libres! ¡Pero no pueden matar a un hombre indefenso!

—¿Y nosotros? ¿Nos defendíamos?—sollozó un venado.

—No, pero estábamos en guerra. Así procedemos lealmente los hombres. Ustedes no pueden matarme porque ya me han vencido. Los hombres conocemos la justicia y hacemos la paz. Cuando hemos vencido a un enemigo, lo perdonamos. ¡Hermanos míos! Consideren que estoy solo y desnudo entre ustedes. Ustedes me vencieron, me apresaron y estoy atado. ¿Por qué van ahora a matarme?

El hombre jadeante de miedo conoció en el silencio de sus jueces que dudaban de su derecho a matar, y prosiguió alentado:

—¡Hermanos! Ustedes ignoran la sabiduría, la rectitud, el altruismo, y por esto proceden así, lo comprendo. Pero yo soy hombre y les hablo como un hermano. Nosotros tenemos principios morales y concedemos paz. Estábamos en guerra y fuí vencido por ustedes. Y creen que pueden matarme. Hay tratados de paz para estos casos. Así es la guerra entre los hombres.

Nada rompía el mutismo de los animales; hasta que uno se alzó en sus cuatro patas.

—Mentira. . . Mentira. . . Matarlo. . . Mentira. . . Matarlo. . .—roncó el animal, sacudiendo a ras del suelo su hocico que babeaba.

El hombre desnudo y que sudaba de miedo, clamó entonces:

—¡No me maten hermanos! ¡Podemos entendernos todavía! Ustedes no saben quién soy yo, y todos los pueblos de los hombres se lanzarían sobre ustedes si me mataran. Ustedes no conocen los derechos del vencido en la guerra. Que vaya una embajada de ustedes hasta los hombres y yo quedaré de rehén. Nada les pasará a los que vayan, porque mi vida responde de la de ellos. Ellos verán, hermanos, cómo es nuestra moral de guerra. Yo quedaré de rehén. Cuando la embajada vuelva, son libres de hacer conmigo lo que quieran; pero estoy seguro de que entonces no me matarán.

Tras un sombrío silencio la proposición del vencido fue aceptada. Y de este modo el hombre ganó su causa quedando de rehén en el monte, mientras la embajada de los animales, compuesta de un tapir, un tigre y un boa, se encaminaba a país extraño.

Debemos advertir aquí que el hombre cazado era un gran personaje entre los suyos, motivo por el cual hicieron éstos salvas de artillería al saber que el cazador estaba vivo, agazajando en consecuencia con grandes fiestas al tigre, al boa y al tapir.

Los embajadores se comportaron en la circunstancia con gravedad y corrección dignas de todo encomio. El tigre y el tapir bebían gravemente, con los sombreros en la mano, y el boa departía con las señoras.

Se celebró en honor de los delegados desfiles militares, tedéums, funciones de gala, cuanto podía marear con su seducción a tan incautos embajadores. Aun asistieron al cine, donde al ver escenas del natural en la selva, cruzaron una mirada entre ellos, sonriendo suavemente.

Nada se les ocultó, nada dejaron de ver. Y sus más preciosas horas las pasaron en los parlamentos, las asambleas y las ligas, donde precisamente se celebraba un tratado de paz.

Los hombres enseñáronles uno por uno los incisos de su tratado inscripto a punzón en una baratija de exportación, pues uno anterior, de papel, había sido roto. Mostráronles los diez mil códigos de moral nacional e individual que respiraba viva en su obra de justicia. Enseñáronles particularmente las grandes industrias, pues deseaban conquistar a aquellos ásperos y confusos aprendices de su moral, que tenían entre sus dientes la vida de su jefe.

Comportáronse en suma tan seductoramente, que cuando la embajada regresó por fin a la selva natal, nadie dudó de que la vida del prisionero estaba a salvo.

Mas los embajadores que iban en cuatro patas y bajaban las orejas al entrar en los senderos, no cambiaban una mirada entre ellos, y así llegaron ante la asamblea que les aguardaba. El hombre atado de nuevo, y que no dudaba del éxito, dejó asomar a sus labios una sonrisa de triunfo. Y el boa dijo:

—Hemos estado entre los hombres, hermanos, y lo hemos visto todo. Cuanto nos dijo el cazador, es cierto. Nos han agasajado como si fuéramos hombres propios. No luchan como nosotros por comer, sino por principios. Son tal como él dijo. Solamente. . .

—Yo ví también lo mismo—dijo el tapir.—En vez de estar constantemente en guerra como nosotros, fabrican sin cesar lindísimas cosas que regalan a los países lejanos. Tienen leyes para proteger a los pueblos débiles, y cuando vencen, en vez de matar, hacen un tratado de paz. Son tal como él dijo. Solamente. . .

—El hombre no mintió—dijo el tigre.—Todo cuanto vimos, oímos y tocamos, es como él lo aseguró. Tienen en efecto, principios morales por los que combaten y por los cuales exclusivamente desencadenan una guerra. Solamente. . . Solamente que no podríamos regirnos por sus leyes, hermanos. Si adaptamos la moral y los principios de los hombres, continuaremos como antes acechando y matando. Pero lo que hacemos ahora con las garras y los dientes al sol, lo haremos disimulando el hocico tras un pañuelo o una bandera. Es ésta la única diferencia, hermanos. Hemos asesinado toda la vida, pero sin hipocresía. Podríamos perfectamente firmar un tratado de paz con este hombre, soltarlo luego desnudo con los huesos rotos, y cantar día y noche en el bosque que hemos hecho la paz con él. Pero haciéndolo así no habríamos aprendido sino a ser hipócritas, pues todos sabemos que lo que en verdad deseamos es matarlo porque le hemos vencido, y comerlo porque tenemos hambre.

Y así lo hicieron.

Horacio Quiroga

Rep. Argentina

La lección de los *fords*

Nos hemos quedado rondando el parque Central, en divagante coloquio, hasta las últimas horas de la noche.

—Observa—dice Luján—qué humilde lección de paciencia y de perseverancia dan los *fords* a esta hora.... Hay que ver que son los carruajes más míseros y abusados, los más ignominiosos de esa numerosa hermandad. Porque los otros, los flamantes y opulentos, suelen haber hecho su agosto durante el día; a lo más, circulan hasta la hora de salida de los teatros; pasada esa efusión burguesa, se retiran a sus cocheras, habiendo cubierto generalmente la cuota de utilidad para la jornada. Y si no, se retiran también.

Y es que entre el chófer poseedor de un automóvil de alquiler limpio y lustroso y el que maneja un vestigio de *ford* hay curiosas, naturales diferencias psicológicas. Aquél es siempre más altanero y despectivo; considera objetivamente al viajero, el cual no es más que «una carrera»; apenas se digna proponerle un comentario; suena su bocina dictatorialmente, y, como en todo lugar y ocasión se atribuye primacía, resulta arriesgado viajar con él.

En cambio—continúa analizando Luján—, el del *ford* pobrecito y raído suele tener un humor verdaderamente franciscano. Se da cuenta de su inferioridad; comprende que viajar entre esos cueros resquebrajados, sobre esa ferrretería frenética, es casi un gesto de heroísmo cívico o, por lo menos, una obra de caridad. Y es humilde, por consiguiente. Y te sonríe, te habla, se detiene siempre al filo mismo de la acera, no suscita broncas con los demás del gremio. Con él va uno más corrido, pero más seguro. La humildad siempre ofrece esta garantía....

Pues esos *fords* humildes son los que ahora, en la alta noche, nos dan la lección que digo.... Por una peseta, por una carrera más, se quedan circulando pacientemente en torno al parque Central mientras quede un noctámbulo a la vista. De Neptuno a San José (la evolución no puede ser más cristiana) vienen—míralos ya—muy lentamente, muy cerca de la acera, atentos a la posibilidad de una señal. El chófer clava la mirada en cada transeúnte con una solicitud desesperada, conmovedora. Si te detienes, el *ford* se detiene, expectante. Si sigues, él sigue; pero el del volante no pierde de vista tus gestos, con el rabillo del ojo, hasta que se convence de que eres empedernidamente nocherniego.... Y así con todos los trasnochadores. Cuando el *ford* llega a la esquina de San José, caducó esa particular esperanza; entonces arrecia la velocidad, da la vuelta al parque y aparece otra vez por la esquina de Neptuno para repetir la misma odisea con igual fe, con igual resignación, con igual perseverancia. ¡Y al fin «cae» siempre la codiciada carrera!... Dime si no es una lección para nuestra inconstancia temperamental de criollos.

Jorge Mañach.

Cuba.

En la Administración del Repertorio Americano se venden los siguientes:

Arturo Capdevila: *América* . . . . ₡ 4.00
José Carlos Mariátegui: *La escena contemporánea* 3.00
Medardo Angel Silva: *Poesías escogidas* 2.00
José Vasconcelos: *Indología* 5.00
R. A. Arrieta: *Ariel corpóreo* 4.00
Vasconcelos, Unamuno, etc.: *París-América*, N.º 1 . . . . 3.00

Un estante de libros escogidos

A. Messer: *De Kant a Heggel* 4.50
Jesperssen.—*La enseñanza de las lenguas extranjeras* 3.00
Cuadernos Literarios. Ediciones de Díez Canedo. Los 16 tomitos publicados 16.25
Poema del Cid. Texto y traducción. 2.00
Darwin: *El origen de las especies*, 3 vols. 5.00
Sarmiento: *Vida de Dominguito* 3.50
Apuleyo: *La metamorfosis o El asno de Oro* 2.00
M. Fernández de Soto: *Ideología política* 2.25
Pedro Calamandrei: *Demasiados abogados* 4.75
R. Saleilles: *La posesión de bienes muebles* 10.00
J. Stuart Mill: *Autobiografía* 1.50

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica